

## ¡A organizarnos!

Al ver llegar á esta redacción á tantos hombres de condición diversa, á firmar el Mensaje pidiendo que se convoque á nueva elección en Madrid para cubrir la vacante de Morote, me confirmé en la idea de que urge organizarnos. Aquel espectáculo confortaba.

Sobre todo por las tardes, eran de admirar los grupos de tres ó cuatro hombres que llegaban con el traje del trabajo y el saquillo de la comida en la mano á estampar su nombre, con pulso tembloroso aún por el esfuerzo de la ruda faena del día.

¿Será posible, me decía, que contando con esta masa tan sana, tan entusiasta, tan dispuesta, á la que no abaten contrariedades ni desengaños, que acude siempre donde se la llama, que está ansiosa de ver en los hombres que considera superiores algo que signifique buena voluntad ó energía, para aplaudirlo y secundarlo; que sueña con la República sin esperar nada de su advenimiento; será posible, repito, que aquellos que ella eleva y obedece no pongan su desinterés á la altura del suyo, y, atentos sólo al porvenir de la patria, no busquen, aquí, estudien y propongan los términos de una organización que nos permita ponernos en condiciones de ir á la gran lucha con probabilidades de éxito?

¿Hemos de perder, por no acertar á utilizarla, una fuerza tan grande? La responsabilidad ante la Historia que por esta causa alcanzó á los que ya fueron, ¿vamos á echarla también sobre nuestros hombros? No; esto no debe ser, y no será; por lo menos, yo haré cuanto esté en mis manos porque no sea.

En el número que viene apuntaré una idea para ver si conseguimos llegar á la organización de todas las fuerzas republicanas. Si es bien acogida, la defenderé como defendí cuantas se me ocurrieron. Si no lo es, veré si se me ocurre otra mejor. Y si me parece bien alguna que se le ocurra á otro republicano, la haré mía para los efectos de la defensa.

Y esto, como ya he dicho, en el primer número. Preveo próxima una perturbación en el campo republicano, que puede paralizar este hermoso movimiento de aproximación que ahora se observa, y no quiero echarme en cara el no haber hecho lo posible por evitarla.

Si, hay que organizar esta gran fuerza para todas las luchas; hay que pedirle á la cohesión lo que no puede darnos el fraccionamiento: hay que demostrar en todas formas que España es republicana, y, por lo tanto, aspira á vivir en República.

JOSÉ NAKENS

## LOS VIEJOS

La vejez es egoísta, dicen algunas gentes. No quieren, no, á su lado los viejos que llegaron á la cumbre, jóvenes que les hagan sombra. Se rodean de gente nula para aparecer más grandes.

¿Qué de viejos no se lamentan, por lo contrario, de no tener á su alrededor una juventud ilustrada, viril, entusiasta, de nobles y generosos alientos! Escasea la juventud de estas condiciones; no abunda sino la que tiene tanta sobra de ambición como falta de méritos y está dispuesta á plegar en interés propio la mejor bandera.

A los viejos que han consagrado su vida a la defensa de una causa, ¿qué es lo que se cree que al morir puede más preocuparles? No les preocupa sino el temor de que tras ellos no haya una generación instruida y enérgica, capaz de difundir y realizar no sólo las ideas que ellos sustentaron, sino también las que vayan surgiendo de las evoluciones de la razón y la justicia.

No son, no, ellos los que se rodean de gentes nulas: son las gentes nulas las que los buscan á ellos á fin de escalar las más altas posiciones. Esos sí que procuran apartar de su lado á los que valen para que no haya quien se les anteponga. Conocedores de su insignificancia, alejan á todos los que algo saben, como no puedan por pobres y ruines medios subordinárselos y convertirlos en dóciles instrumentos de sus pasiones.

¿Se oponen los viejos á que esos hombres medren y se levanten á puestos que no les corresponden? Se revuelven esos hombres

furcosos y airados contra los que ayer hacían objeto de las más torpes lisonjas. Callan los viejos, amestrados en su larga vida por una serie de ingratiitudes y de inconsecuencias, sobrellevan las más agrias censuras, y ellos siguen gritando.

De aquellos hombres principalmente derivan las discordias y el enflaquecimiento de los partidos. Corren á agruparse en torno de cualquiera que se preste á satisfacer su ambición insensata, y sin tener para cosa alguna en cuenta ni el interés de la nación ni el de su propia causa, suscitan divisiones que nada cohonestan.

Desmétrase y rebájense los partidos, ténase por seguro, no por el egoísmo de la gente vieja, sino por el egoísmo de la gente nula.

F. PI Y MARGALL

## La brisca social

No miremos arriba, no miremos á las clases que se llaman directoras, porque sentiremos frío, náuseas, indignación, escepticismo que nos haga pensar por vez primera en nuestra vida que la Humanidad no tiene ideales que realizar, virtudes que practicar, crímenes que aborrecer y afectos nobles y desinteresados que sentir.

Llegaremos á creer que las palabras libertad, religión, patria, fraternidad, robo, caridad, familia, civilización, Dios y amor, no son más que cartas de una inmensa baraja con que los hombres juegan, y con trampa por añadidura, para quitarse el dinero unos á otros. Este es el as de la democracia, el otro el as de la religión; aquí se hace una baza con el caballo del principio de autoridad, allí otra con el rey del catolicismo; éste arrastra con el seis de las libertades, y el de más allá gana con el tres de la reacción. Y terminada la partida, las cartas quedan sobre la mesa, manoseadas y grasientas, y los gananciosos de hoy convidan á echar un trago á los gananciosos de ayer, sin que ninguno se acuerde para nada de los naipes mugrientos que tirados quedaron en el garito.

Eso es la política, eso es la religión, eso es la moral, eso es la familia: una brisca de mala fe con cartas señaladas.

Hay que mirar abajo, á la gran masa del pueblo español. Allí no se juega á los naipes; se llora, se padece, se trabaja, se sueña, se conspira, y se triunfará. El pueblo tiene el gran elemento explosivo, el omnipotente, el que hace volar hechas añicos sociedades y naciones enteras, y ese elemento no es dinamita, ni pólvora, ni lidita; es el pensamiento humano, y el pensamiento humano enterrado en catacumbas de pobreza, de sufrimiento, de injusticias, de justas iras y anhelos de venganza.

Ese es el secreto del cristianismo primitivo. Sembró una idea de regeneración, de fraternidad, de libertad. Los Césares la metieron en las cárceles y en los subterráneos de Roma, y al poco tiempo hizo saltar hasta las nubes á Césares y dioses, y colocó la cruz en las cúpulas de los templos y en la corona de los reyes.

Hoy los políticos prominentes hacen contubernios escandalosos y farsas que no engañan á nadie. ¿A quién han de engañar? Se barajan nombres y se juega con todo.

Pero el pueblo está ahí, en sus barrios extremos, en sus buhardillas destempladas, en sus talleres deprimidos, en sus hospitales infectos, en sus asilos vergonzosos y mortíferos. Ha huído por completo del Congreso, del Instituto de Reformas Sociales, del clero, de las clases directoras. Arriba nadie se ocupa del pueblo para nada, sino que todos pretenden ahogar, echándole tierra y piedras que lo aplasten.

Son las catacumbas donde ha de germinar y dilatarse y hacer explosión gigantesca una idea, la idea republicana y democrática, que es la idea del progreso y de la civilización.

Han salido las primeras bocanadas de fuego en las pasadas elecciones y han sembrado el espanto en Césares y pretores. Hay que echar encima del pueblo más piedras y más barro para que no resurja, para que no asuste. Y la idea sigue aumentando de volumen con más fuerza expansiva que los gases calentados, y da risa ver á los locos esos cargados de coronas nobiliarias, de bandas, de mitras y de títulos sonoros, edificando grandes negocios y enormes edificios encima del volcán que resquebraja el terreno y comienza á echar humo y llamaradas. Siga, pues, la brisca monstruosa.

Háganse bazas soberbias, echando á Dios sobre un as de espadas, á la democracia sobre un tres de bastos y á la religión sobre un siete de oros.

Mientras tanto, los hombres pensadores de verdad toman posiciones para asistir al

espectáculo siempre hermoso de una idea que estalla y de una farsa que se hunde.

PEDRO CRESPO

## Salarios madrileños

Datos por mí recogidos dicen que 54.931 obreros madrileños ganan por día de trabajo:

2 pesetas.....	4.141
2,25 —.....	1.695
2,50 —.....	7.879
2,75 —.....	1.123
3,00 —.....	3.770
3,25 —.....	4.523
3,37 —.....	2.007
3,50 —.....	21.676
3,75 —.....	2.530
4,00 —.....	2.769
4,25 —.....	1.296
4,50 —.....	314
5,00 —.....	630
5,50 —.....	251
6,00 —.....	317

Aun en el caso más favorable, aun suponiendo á todos estos obreros en perpetuo estado de salud y de continua ocupación, estos obreros no trabajan todos los días del año. Las lluvias y los hielos, en unos oficios, las variaciones de temporada en otros, y las fiestas reducen el número de jornales. 49.522 obreros trabajan al año:

335 días.....	11.301	obreros.
296 —.....	14.114	—
280 —.....	70	—
270 —.....	8.859	—
260 —.....	450	—
255 —.....	54	—
240 —.....	14.251	—
235 —.....	75	—
220 —.....	308	—
190 —.....	40	—

La multiplicación de cada grupo y la suma de los totales, arroja 15.750.197 jornadas al año, y la multiplicación de cada grupo homogéneo de salario por las respectivas jornadas, da una masa anual de salarios, pesetas 470.018.680,50.

Con lo cual á cada obrero le corresponden 857,63 pesetas.

Trabajando igual número de días el obrero varón adulto bruselés, gana 1.006 francos, y el parisién 1.445.

J. J. MORATO

## Los batallones negros

Dejé mis libros y me eché á la calle. Salté decidido á darme un baño de sol. Tomé por una carretera y fui andando, andando, hasta sumergirme en el océano de luz que inundaba los campos de esmeralda. Al pasar, veía á los pobres aldeanos encorvados sobre la tierra, sudando para otros. A la puerta de los lagares, á la sombra, sidrerros profesionales escanciaban el precioso líquido, el vaso en la mano izquierda, á la altura de la rodilla, y en la derecha la botella, por encima de la cabeza. Aquí y allá, doncellas oloróticas y matronas obesas, acompañadas de sus padres y maridos, tomaban el sol tranquilamente. Más de una alegre paloma saltó á mi vista en las revueltas del camino, con su correspondiente pichón. De cuando en cuando pasaba un coche levantando nubes de polvo.

Me senté sobre un montón de grava. Ensanché los pulmones, dispuesto á atracarme de oxígeno, y tendí mi vista por los campos verdes, dispuesto á emborracharme de luz. Era una de esas tardes de Asturias que hacen poeta al banquero más enjuto. Abismándome en la contemplación de la Naturaleza, sentí un instante circular por mis propias venas toda su savia. Y pensé en lo feliz que la humanidad sería si supiera tomar el sol, si supiera ser alegre, si no se empeñase en morir de tristeza, arrinconada en ciudades construídas hace diez siglos, sin aire, sin luz.

A lo lejos, en un recodo de la carretera, distinguí una gran mancha negra. Poco a poco fué creciendo, extendiéndose, acercándose. No tardé en comprender que era un batallón de seminaristas. Encendí un cigarro y fui todo ojos.

Pasaron. Fui examinando uno por uno aquellos rostros. En todos ellos vi estereotipada la respuesta brutal del egoísmo á este dilema abrumador: ó la sotana ó el arado. Ni una mirada inteligente, ni un ángulo facial europeo. La misma indefinida expresión de todos los ojos, indiferentes á la alegría del paisaje, fijos constantemente en la polvorienta carretera. Bajo los raídos canales no acerté á descubrir un solo cráneo mesetífico. En las gastadas grecas, obra de un pobre sastre cualquiera, pude advertir más de una triste huella de esa aldea perdida

que canta en su último libro el insigne Palacio Valdés. Ni un rasgo saliente de individualidad, de originalidad, en aquel conjunto, en aquella masa de aplastada monotonía. Marchaban en silencio. Sólo se oía el choclear de las gruesas botas, de grandes tacones claveteados, hechas para los guijarros de los caminos.

Pasaron. Largo tiempo estuve viendo aquellos rostros, de una vulgaridad desesperante. Sentí sobre mi frente el soplo frío, helado, que mata á traición la luz del pensamiento. Sentí en mi corazón el golpe de la losa funeral que aplasta las bulliciosas pasiones alegres de que hablaba el gran Spinoza. Pensé en aquellos brazos robados á la agricultura, á la industria; en aquellas inteligencias deformadas por una pedagogía bárbara; en aquella actividad perdida para toda labor útil, fecunda, creadora. Vi un momento á la Naturaleza hollada, sacrificada, reivindicar sus derechos engendrando monstruos. El pensamiento, expulsado de la región de lo absoluto, se refugiaba en el terreno de lo relativo, dando origen á todas las combinaciones de la astucia, de la malicia, de la suspicacia. El amor, prohibido, se convertía en repugnante sodomía. Las enormes fuerzas arrancadas á la producción, al trabajo, no pudiendo permanecer ociosas, se empleaban en la tarea insensata, absurda, imposible, de detener la civilización, de interrumpir el curso de la historia.

Aquellos pobres muchachos iban á ser los instructores, los maestros de la población rural. A ellos acudiría el infeliz aldeano en sus momentos de apuro, cuando necesitase unas pesetas para pagar la contribución ó para comprar una vaca, cuando tuviese que escribir una carta á la familia ausente, cuando entrase en contienda con su vecino, cuando á uno de sus hijos le tocara la suerte. A cambio de la protección recibida, el aldeano infeliz quedaría comprometido en cuerpo y alma. El párroco llegaría así á ser el mejor auxiliar del cacique, como él respetuoso de la tradición, defensor acérrimo del orden existente.

Largo tiempo estuve contemplando la mancha negra que se alejaba oscureciendo el suelo, como si un inmenso cuerpo opaco interceptase los rayos luminosos del astro rey. Encendí otro cigarro y me levanté. Era preciso volver á la ciudad, á trabajar en el bufete solitario, sin aire, sin luz. Era preciso reanudar la lucha. Todavía hace falta reñir muchas batallas con la sombra para que la humanidad pueda tomar el sol alegremente, satisfecha, sana, sintiendo la dicha inefable de vivir.

ALVARO DE ALBORNOZ

## Miscelánea

Después de haber sido reelegido diputado por los monárquicos, el Sr. Azcárate ha vuelto á ser vicepresidente de las Cortes.

La comedia ha sido bien representada. Sin embargo, silbemos.

Como se silba á los actores que representan el papel de hemafrodita en el teatro, cuando lo caracterizan demasiado bien.

Se votó por fin la subvención de 200 millones á la Trasatlántica.

Merecería un premio el ciudadano que averiguase quién había quedado peor en este asunto: si el gobierno, ó las oposiciones, la republicana inclusive.

Vuelve á ponerse sobre el tapete la cuestión de señalar dietas á los diputados á Cortes.

A mí no me parece justo. Sin embargo, acaso conviniera señalárselas, para ver si el temor á que no quedase dinero para pagarles el jornal, les impedía derrochar los millones del país en escuadras y Trasatlánticas.

El senador carlista, Polo y Peyrolón, preguntó entre asustado é indignado al gobierno si era verdad lo que se aseguraba, de que iba á llegar y establecerse en Madrid un obispo protestante.

Comprendería que en Inglaterra se aterrasen las gentes si se anunciara la llegada de un obispo católico español, por si pudiera ser el de Orense.

Pero no que se alarme nadie por si viene aquí un protestante, que ni nos pide dinero ni nos da tiros.

El imparcial, que tan brava campaña hizo en favor de Moret cuando lo del bloque, le ha dedicado un artículo en que pulveriza su labor política de estos días.

¿Habrá sido desastrosa?



## ¡Pobres curas liberales!

*Euntes ibant, et fiebant, mi-  
tentes semina sua. (Salm. 125.)*

Admiro profundamente á los dos compañeros que, cada uno en su diario, luchan á brazo partido con la potencia, aquí formidable, del papado.

Cantaclaro, el de más edad, buen teólogo, canonista, conocedor del derecho civil, literato, con un título académico para ejercer la enseñanza, orador fogoso y escritor viril, preciso, contundente; desde muy joven se enteró del gran secreto de la teología y de toda la pretendida ciencia eclesiástica; supo tomar el pulso al cristianismo entero mirándolo frente á frente, no de rodillas, con ojo de crítico y de pensador, y convencido de la falsedad de la farándula romana cuando ya era sacerdote, el fuego de la juventud le impulsó á ocultar poco sus ideas y aun á rebelarse. Pero tenía padres católicos, una hermana más joven..., hubo de avenirse, tascando el freno, con el convencionalismo clerical.

Mas no podían menos de conocerse. Sufríó persecuciones, desdenes, postergación y mil amarguras. Su vida es accidentada. Viajó, estuvo en Ultramar, fué castrense, maestro, periodista, conspirador republicano y otras cosas, todas confesables. Los clericales unas veces afectaban tenerle por loco, otras por impío y protervo; por vicioso nunca, que no lo fué ni desahogado en cosa alguna. Es una especialidad para los trabajos estadísticos y de organización. El hubiera compuesto la geografía eclesiástica de España, que está sin hacer, y la estadística de la Iglesia hispana é hispano-americana. Es autor de un proyecto de arreglo eclesiástico, y hombre de grandes y enérgicas iniciativas.

Pues al cabo de treinta años de vida, la más laboriosa, ahí lo tenemos en Valencia refugiado en *El Pueblo* y regentando un establecimiento de enseñanza, que los neos hacen cuanto pueden por destruirle. Entre ambas cosas obtiene para malpasar y no ahorrar, con un porvenir seguro de mendicidad y hospital cuando caiga rendido, extenuado, inútil ya para la ruda tarea que hoy asiduamente sostiene.

Fray Gerundio fué también de los que vieron claro muy pronto. Aficionado á las letras, á la ciencia y al estudio, se formó intelectualmente en pocos años. Recién hecho sacerdote, pasaba ya por orador de primera fila entre los primeros, poseía tres lenguas, una hermosa cultura, que él iba ensanchando, y un espíritu de crítico observador que pronto le hizo sospechoso; la Iglesia detesta á los buenos observadores y á los críticos.

Nuestro hombre habría volado pronto; pero le abafía las alas el peso de una familia, padres ancianos, etc., cuyo único sostén era, y aguantó cuanto pudo. Su prelado, que aborrecía á los oradores, y el secretario, que los envidiaba, empezaron á perseguirlo. Tras una epopeya no breve, determinó emigrar á Barcelona, donde en seguida se entendió con Pey Ordeix y con su amigo (y mío) el presbítero Sala, que se había separado de la Iglesia muchos años antes.

Cabalmente comenzaba entonces en Barcelona la persecución de Morgades contra todo clérigo no catalán. Apenas si la intachable conducta de Fray Gerundio pudo librarle de ser expulsado; de lo que no le eximió fué de sistemática postergación, que aún proseguía en los principios del pontificado de Casañas. ¡Paciencia y esperemos!

Cuando al fin quedó huérfano, ¡jeal, esto se acabó; y un día se despidió de sus superiores como quien piensa ausentarse por unos días, y hasta hoy. La redacción de *El Diluvio* fué su Iglesia.

El paso merece llamarse heroico. En España, el clérigo separado de la Iglesia entra en la clase de proscritos ó de parias; un ser aborrecido, un apestado, para el cual ni destinos públicos ni ocupación en empresas particulares, ni lecciones, ni nada hay disponible.

Ahí está el exjesuita Rojas, que, buen flautista, ha querido ganarse la vida con ese instrumento, y lo han rechazado en los teatros. No, usted es sacerdote, se sabría que toca aquí y nos quedaríamos sin abono. Buen matemático, latinista, helenista, habla francés; como si no: ni un mal colegio, ni una mala lección. Por ahí anda pidiendo limosna sin que al clero, á la Iglesia, se les caiga la cara de vergüenza; todo lo contrario: eso parece que les conviene.

¡Tendré que decir que las ganancias de Fray Gerundio corren parejas con las de Cantaclaro? Y así siempre agarrados á las cuartillas, atados á la pata de la mesa, obligados á ser los consultores gratuitos de media España liberal, y de ella al mismo tiempo despreciados, preteridos, mirados con adusto recelo y... lo que callo por prudencia. Republicanos hay que se santiguan cuando nos ven cerca.

Comprendo las defecciones referidas en mi artículo anterior; me explico el por qué siguen esclavos de la librea llamada sotana tantos curas que piensan como nosotros, que odian al papado y la Iglesia papal y con ellos viven muriendo, pobrísimos, ajetreídos, vilipendiados; porque si no ¿dónde van? La propia familia los exoraría.

Y ahora cuatro palabras sobre lo que hubiéramos podido todos realizar.

Si Pey hubiera encontrado apoyo liberal,

acaso no se hubiera deshecho aquella organización de los 500 ó más curas, canónigos, frailes y dos obispos que con él simpatizaban; se hubiera extendido hasta Madrid, donde existían y existen buenos elementos, y en pocos años, más de ocho mil sacerdotes habrían estado en secreta connivencia para su día, el momento de ser base de una emancipación, siquiera parcial, del clero, pues éste, que no piensa como se cree, ni mucho menos, al ver reunido tan buen número, lo habría engrosado bastante.

¿Traiciones? Si, son posibles; no obstante, no hubo un solo traidor entre los 500 y tantos que siguieron á Pey. A mí, ningún clérigo auxiliar me ha vendido; en cambio, me sirvió de informador uno á quien había encargado el P. Cos, mi obispo, que me vigilara, gratis, por supuesto.

Vamos á otra cosa. A nosotros no se nos conoce. Nos suponen hombres faltos de todo espíritu religioso y creencia; disolutos (sin dinero!) espíritus inquietos é intratables. ¡Cuando nos fuimos de la Iglesia; ó ella nos echó...! Se dice, como de los protestantes, que una mujer nos sacaría de la vida clerical. ¡Ja, ja! Si en ella era donde las teníamos á docenas si nos hubiera dado por ahí el naípe, y ahora no hay una que nos haga la cruz...

Creemos en Dios, tenemos una moral, fe, esperanza, espíritu religioso; verdad que en este país de ignorantes el que no es ajusitado pasa por ateo.

Por todo esto y por otras cosas, que pueden reducirse á dos: la apatía cobarde y la ignorancia de las masas liberales y de sus prohombres, hemos tenido que reducirnos á hacer obra puramente negativa y de personalismo. Que la Iglesia no es lo que dice; que el obispo A. ó el fraile B. no cumplen su misión de sacerdotes; hé ahí la síntesis de cuanto hacemos.

Es poco, ni la mitad de lo debido. Pey fué quien pudo iniciar una labor afirmativa cuando era dueño de dos periódicos, y planear otro que estaba y está haciendo mucha falta. Me refiero á una publicación seria, de altura, profunda y á la vez amena, que no excluyese tampoco la alta crítica, y dedicada á conseguir que España se asomase al mundo moderno religioso, aquí perfectamente desconocido; á los grandes problemas de ese orden en nuestros días; al movimiento modernista católico y no católico; al cotejo de religiones con religiones en su acción social y política sobre el mundo presente, para deducir amplios criterios hacia extensos horizontes de verdad, de justicia, de amor y de libertad, columnas fundamentales de todo concepto realmente religioso.

Algo así como el *Rinascimento*, en Italia; un periódico en el que habrían cabido seculares como Unamuno, González Blanco, (D. Edmundo) García Nieto (una notabilidad obscurecida) y otros semejantes. Un se- gular habría de dirigir, no uno de nosotros; yo me reconozco inútil en absoluto para eso; los curas, á nuestra tarea en los respectivos diarios y á la más sasegada y honda, afirmativa ó crítica en esta bella publicación, y más adelante en una biblioteca.

Pues no hay en España editor, ó empresario, ó un pensador pudiente capaz de reunirnos; público, ¡vaya si habríamos sobran indicios de ello. Lo que se hace en Italia, en Francia, en Austria, en Suiza, en Alemania, resulta imposible aquí. El dinero es tan cobarde como tonto. Y aquí nos tienen ustedes, hechos unos badulaques que llevamos en la cabeza mucho, nos dejan realizar poco, apenas podemos vivir, un tantico se nos desprecia y se nos posterga, con gran alegría de la reacción, pero vamos pasando y sembrando llenos de fe en... nosotros mismos, y de esperanza... en el hospital; lo mereceremos.

JOSÉ FERRÁNDIZ

## LECCIONES HISTÓRICAS

Los periódicos exhuman en estos días páginas históricas de un valor inestimable. En esos textos que se remozan se prescinde de los abalorios de la leyenda y se dan las noticias exactas de una época, de un reinado, y los reyes, las reinas, los príncipes, los poderosos reviven tal cual eran, sin los adornos de la poesía y sin nada de lo que les puso la inventiva de un historiador ó la fantasía popular. Es la historia desnuda, descarnada, exenta de pomposidades y colorines, que presenta á los héroes en traje de casa, destrozada fábulas de grandeza y desmenuza aureolas de santidad y honradez. Para los que aún escriben odas tronitruentes á épocas ya pasadas, tal vez estas lecciones vulgares no sean más que motivo de amargura y de desilusión, y quizás para los que han leído la historia de España con el gusto que se leen las novelas de capa y espada sea causa de enojo tanta verdad y tanto prosaísmo. Todo es posible. Mas lo indudable es que esto es mucho más honrado que componer leyendas y trovas sobre cosas que no han existido. Hoy, cuando todos nos perecemos por el practicismo, que nos gusta ser positivos en todo, era indispensable ese oro histórico, un escrupuloso expurgo entre todas las grandezas y gallardías del pasado. Si al pasar por el tamiz se pierden todas las glorias, y no nos queda nada que pueda inspirar una

composición lírica á cualquier poeta llorón de hoy, mejor que mejor.

Es menester escribir una historia para el pueblo, que diga la verdad. Pero esta historia no debe concretarse á reseñar la vida de los reyes. En ella pueden decirse, además de todas las pequeñeces que le alcanzan á los grandes, enormes verdades acerca de las fábulas que hoy se cuentan todavía como distintivos del pueblo español y que enardecen á los patriotas cuando alguien habla de las grandes cobardías. Más que las personas es el ambiente lo que hay que orear, aun cuando con ello se pierda casi toda la vanagloria nacional. No es guardando el recuerdo del Cid bajo doble llave como se consigue que no se le miente y que no se le ponga como ejemplo. Lo que hay que probar es que el Cid fué el primero que dió el «timo de los perdigones». No es tomando los dramas de honra de Lope y Calderón como artículos de fe la manera de conocer la España de aquella época. Lo que es preciso es demostrar que cuando Lope y Calderón escribían sus agradables leyendas de honor se nacía ya sin honra. No es disputando caballeros: ci una época de latrocinio y asesinato como se prueba el valor y la hidalguía de gentes que en presidio no hubieran perdido un ápice de su honra. Y no es embelleciendo épocas hermosamente bárbaras como se prueba que fuimos un tiempo hidalgos puntillosos, celosos del honor, jueces severos de toda cobardía.

De las leyendas que existen como historia de España hay que remover el ambiente, higienizarlo un poco, hacerlo respirable. Con ello, seguramente, se perderán muchas lindas poéticas, tales como el honor, la caballería, la valentía y el puntilloso orgullo castellano, y las mejores obras de nuestros poetas y literatos se trocarán en pueriles fantasías, en amena literatura, como los cuentos de «Las mil y una noches». Pero es necesario. Este será el único modo de que se conozca á España como debe conocerse y que se forme el alma del pueblo en algo que no sean divagaciones literarias. Si así se destrazan los cuentos de hadas, que son dogmas en la vida de una Nación, compadecemos no más á los soñadores. En nuestro siglo la necesidad obliga á no ser poeta, á vivir en la realidad, y no es cosa que se haga artículo de fe de las divagaciones de algunos hombres de la España antigua que escribieron del honor, la hidalguía y la bravura, tal vez presumiendo que habían de existir en el transcurso de los años.

GUSTAVO

## ¡Sangre y exterminio!

El obispo de Mondoñedo ha llegado al Ferrol, y en la Iglesia de San Julián, donde le esperaban los curas, cantaron los niños del Catecismo esto, con acompañamiento del órgano:

«Viva Jesús, María y José,  
Vivan los valientes de nuestra nación,  
Vivan los soldados de gran corazón,  
Matemos las sectas del infierno infames  
Y sigamos todos santa y pura Religión.  
Antes morir que ceder;  
Todos juntos iremos á matar á Lucifer,  
Viva Jesús, María y José  
Y vivan los valientes que luchamos por la fe.  
Con la fe en nuestros corazones,  
Si preciso fuera morir  
Preparados todos estaremos,  
Para con Dios, al cielo subir.  
Viva Jesús, María y José.»

Como se ve, los clericales se desbocan cada día más.

Ya no se toman siquiera el trabajo de cubrir las formas. ¡Matar!... ¡Morir!... ¡Sangre!... ¡Exterminio!... ¡Y hablaban del sacristán de La Marsellesa!

¡Pobres gentes! ¿Dónde irán á parar el día que el himno de Riego se cante á pleno pulmón por las calles? El que menos se oculta en el cañón del retrete.

¡No morirme sin verlo! Es lo único que le pediría á Dios en mis cortas oraciones. Si rezara.

## Niña mutilada

## Brutalidad de una monja

Ocurrió ayer (25 Mayo) en la Coruña un suceso que ha producido indignación entre todas las personas honradas.

La protagonista fué una hermana de la Caridad, profesora de la escuela de párvulos que la Diputación costea y se halla establecida en el Recodo del Hospital.

Fuó la víctima una pobre niña de once años, quien tuvo que ser conducida á la Casa de Socorro para recibir la primera cura de la mutilación brutal que le infirió Sor Juana, que así se llama la aludida religiosa de San Vicente de Paúl.

La niña en cuestión es Josefa Regueiro Babío, de once años de edad, hija de Josefa

Babío Vizoso, que habita en la calle del Cementerio, núm. 6, bajo.

Una travesura infantil de las que no merecen ni una ligera reprensión dió ocasión á la mística esposa de Jesucristo para castigar á la infeliz niña del modo más duro y cruel de que apenas hay precedentes.

Asióla fuertemente por una oreja y tiró de ésta tan bestialmente que la desprendió, dejándola suspendida por un hilo de carne.

Hubo necesidad de llevar inmediatamente la niña á la Casa de Socorro, y allí le dieron varios puntos de sutura para asegurarle la oreja.

Daba pena oír á la niña quejarse de los dolores que tenía y no menos entristecía el estado de la madre, que al ver á su hija víctima de atropello tan brutal, lloraba y protestaba indignada justamente, pidiendo castigo para la culpable.

Esa Sor Juana será puesta, suponemos, á disposición del Juzgado, para que se le inflija la pena que merece por hecho tan salvaje.

TIERRA GALLEGA

## ¡Fuera microbios!

Leo en *España Nueva* que un cura ordinario no ha querido bautizar á cierta niña, por tener cinco meses.

Aunque estos asuntos no son de mi competencia, me permitiré recordar á ese padre cura que Jesucristo había pasado de los cinco meses cuando el Bautista le echó el agua de rúbrica en el Jordán.

De modo que yo soy mucho más ilustrado en liturgia cristiana que algunos clérigos, y no cobro nada oficialmente por mi ilustración.

Esto no obstante, seguiré proclamando gratis las excelencias del Registro civil sobre las de la Iglesia.

Ya lo sabe el padre de la criatura: con el Registro basta, y no expone á su niña á coger un constipado ó una enfermedad infecciosa en la pila bautismal.

## Prudencia periodística

No se necesita ser un lince para percatarse al recorrer la Prensa liberal española, de que la temeridad y audacia quijotescas han sido reemplazadas por una prudencia sanchopanzista que produce ópimos frutos en el campo clerical.

Increíble parece que siendo la Prensa el enemigo nato del clericalismo, y viceversa, todos sus mimos, distinciones y arrumacos los guarde para el que lo paga tanta fineza declarándola guerra sin cuartel, y buscando su ruina, amén de su desprestigio y deshonra. Por toda España han circulado *Hojas* y postales donde con fruición se especificaba muy al detalle que los periódicos liberales tales y tales estaban condenados por tantos y cuantos obispos. Entre los vitandos han llegado á figurar la vieja beata *La Epoca*, la pudibunda *Correspondencia*, y el inodoro *A B C*. Es cosa para desternillarse de risa ver á estos campeones de la Santa Iglesia figurar entre la legión de protervos y de ímpios, después de tan valiosos servicios prestados al clericalismo, tan humildes y sumisos que tiemblan como la hoja del árbol ante la sotana de un monaguillo.

Como esas hembras degeneradas que enloquecen por el chulo que las aporrea, esta Prensa liberal se esfuerza por estrechar cada día más su barragania con el rufián clerical, y aunque él la escupe, abofetea y vilipendia, ella cada vez más mimosa y sensible. No puede vivir si no la acarician manos sucias perfumadas con incienso.

Esta incomprensible anomalía, que se da lo mismo en el campo religioso-político que en el erótico, ha sido mil veces fustigada, sacada á luz y lamentada con reproches amargos por los adalides del anticlericalismo: todo ha sido inútil. Es un caso de *masoquismo* vaticano-liberal.

La cosa sería para muy celebrada con risas y cuchufletas, pues siempre excitará la hilaridad el que se recrea con que le den con la badila en los nudillos, si sus frutos no fueran tan amargos como perniciosos. Estos periódicos neo-liberales ó avanzados y católicos á macha-martillo, neutralizan, deshacen, y esterilizan por completo nuestras más enérgicas campañas. Las gentes *sensatas* los toman por modelo: nosotros somos los exagerados, los jacobinos, los sectarios, los *sans culotte*. Si entre nosotros hubiera unión, tacto de codos y comunión íntima de ideas, nuestros ataques debiéramos repartirlos equitativamente entre la Prensa llamada liberal y los periódicos de sacristía; y aun á los primeros debiéramos perseguirlos con más saña, pues son enemigos velados, hacen trabajo de zapa con el rostro cubierto, nos minan el terreno, embotan nuestras armas, y hacen insostenibles nuestras luchas con sus pasteles, abdicaciones, apostasias y arrumacos al enemigo. Es preferible un carlista furibundo á un republicano con bonete: entre *El Siglo Futuro*, que huele á auto de fe, y *El Liberal* con escapulario, la elección no es dudosa. El rival



anco y descubierta es mil veces más simpático que el falso amigo actuando de cuervo ó de víbora calentada al abrigo de un pecho leal.

Esta mala ralea de la Prensa liberal aliada del clericalismo existe en todos partes; en Madrid, *Heraldo*, *Imparcial*, *Liberal*, *Correspondencia*, *Correo*, *Diario Universal*, y en muchas ocasiones *España Nueva*, están haciendo continuamente el caldo gordo al clericalismo con sus pasteos y cobardías; el ilustre P. Ferrándiz, ariete formidable del clericalismo hispano, se ahogaba en las redacciones del *Diario Universal* y *España Nueva* y tuvo que abandonarla. ¿Por qué estos temores? Porque ¡ay!, saben estos eucos periódicos que el radicalismo religioso no llena la caja, ni la despensa, ni lleva al Congreso, ni a la concejalia, y cierra puertas, influencias, y el cauce de los honores y privilegios. Si *Azorín* hubiera continuado en *El País* seguramente a estas horas no sería diputado; y si nuestros ingenios no hubieran echado la llave al escepticismo que llevaban dentro, las poltronas de muchas academias estarían vacías. Hay que ser prudente á lo Sancho Panza, y viva quien venza, que así se medra y se obtiene patente de hombre probado, escritor culto, y literato de valía.

En Barcelona tenemos también nutrida falange de liberales publicaciones respetuosas con la Iglesia hasta el servilismo. Sin tener á ser desmentido, se puede afirmar que en esta ciudad sólo existen dos periódicos genuinamente anticlericales, como son *El Diluvio* y *El Progreso*; los demás, unos por omisión, otros por cálculo, y la mayoría por conveniencia, ninguno osa romper lanzas contra el clericalismo. *La Vanguardia*, *Noticias* y *Noticiero Universal*, son periódicos de familia, sistema *Correspondencia*, donde sería horrible blasfemia, acompañada de baja en la suscripción, cualquiera frase irrespetuosa contra los curas; el *Diario de Barcelona* es conservador á outrance y allí no cabe el comentario anticlerical; *La Tribuna*, con la mente puesta en altos planes de supremo dominio periodístico, no se cuida de estas pequeñeces de sacristías; *La Publicidad* fué anticlerical en sus tiempos; ahora milita al lado de Sancho Panza, y se ha convencido de que la clerofobia no es el mejor sistema para dar un acta de diputado á cada redactor. *El Poble Catalá*, á pesar de haberle puesto en entredicho el cardenal Casañas, sigue hijo sumiso de la Iglesia y de sus ministros; probablemente se trasladará á Canosa apenas llegue el nuevo obispo. *La Esquella* y *La Campana de Gracia* apenas dan de vez en cuando un ligero tañido liberal, y la caricatura sotanesca ha desaparecido de sus páginas: hay que ser prudentes y bailar al son que tocan. El semanario *Papitu* ha recibido orden de no acordarse de los capellanes; ¡Cu-Cu! los ha venerado siempre, y ha hecho muy bien, que sólo así se puede ir tirando en la ciudad condal.

De los exóticos queda *El Liberal*, que empezó pegando de firme contra la peste clerical, valiéndose de la pluma de mi inseparable amigo *Erasmus*; pero Dario Pérez se asustó pronto de su obra, y mucho más se asustaron los triunfadores del *trust*, con Moya á la cabeza, y el *jabonismo* se evaporó, castigando al clerofobo *Erasmus* á no cobrar una peseta, sistema *España Nueva*. ¡Bien hecho! A los impíos es un acto meritorio jorbarlos cuanto se pueda.

De modo que aquí sólo estamos dos periódicos en la brecha contra el enemigo clerical, puestos en el libro verde por rojos y negros, y haciendo campaña contra viento, marea, gustos y simpatías de toda la prensa avanzada.

Hé aquí explicado por qué Barcelona es todavía clerical á pesar de las corrientes populares que odian al cura y al fraile: cuenta con el valioso apoyo del elemento director impreso. Por eso cada día sus osadías son mayores, y se nos come por los pies.

Hace perfectamente; bien merecido lo tenemos.

FRAY GERUNDIO

Barcelona, Mayo 1909.

## EL CRIMEN

La hiena humana, el lobo sanguinario de la razón y de la cultura, acaba de tirar otra dentellada bárbara. ¿Había odios? Ni eso. Cahn vive en todos los corazones y el mal es una imposición soberana de la Naturaleza. Ser malo, pecar, odiar, retorcer el cerebro en una invención perversa, siempre perversa, es el más grande de los placeres. ¡Sangre! es la reina de las palabras, según ha dicho Poe.

Habían estado juntos en la taberna de Las Rozas, gastando media paga de la que costó arrancar en los pozos de la mina. El quería matar á alguno, á cualquiera, al primero que se le pusiera por delante, porque es un asco no pegar un par de navajadas. Su cara de adolescente hacía muecas feroces, y el vino de la borrachera, llamándole en los ojos, le hacía echar miradas rojas y ver manchas de sangre atrayentes y enloquecedoras. Tenía sed, una sed bestial, incomprensible, que le mordía la entraña, que le entontecía los sentidos, volviéndole furioso, y pedía vino, más vino hasta ahogar aquel demonio de to-

das las maldades y de todas las venganzas...

Salió de la taberna, acariciando, como un enamorado pasional, como un voluptuoso, la idea dominadora y risueña del crimen... Para él tenía la atracción de la hembra, los contornos de la mujer querida, la mirada ineludible y fascinante de los ojos de la novia. Se arrimó á un escondite, se amodorró en el sueño de aquellos amores, celebrando el anheloso maridaje, y esperó, con el ansia de un placer demasiado próximo... Oyó entonces la sombra del otro, tropezando en los guijarros de la calleja, y la sed bárbara le dió un lametazo caliente, y el demonio de todas las maldades y de todas las venganzas saltó en el corazón rugiendo. ¡Qué gran placer, qué atracción más dulce la de la sangre! Besó como una reliquia la hoja amante y se entregó al bárbaro pecado con furia de bestia herida, hundiendo la navaja en un cuello cualquiera, en aquel que pasó primero, serrando hasta degollar al pobre maquinista. La sangre le calentó las manos, le mojó la ropa, é hizo un charco, un mar inmenso, todo un horizonte delante de los ojos del borracho...

Ayer tarde, casi de noche, le anunciaba á lo largo de la calle una turba de chiquillos y una fila de gente se le quedaba mirando estremecida. El venía delante de los guardias, con el tapabocas al hombro, las manos en el hierro de las esposas, la mirada de adolescente con serena indiferencia al odio de los unos y á la compasión de los otros. Sangraba por las muñecas, mordida la carne con la boca feroz de la atadura, y se le detuvo un momento para aflojarle el hierro, compadecida la pareja de aquel dolor terrible.

Pero, muerto por dentro, no entendió aquella compasión, no le estremeció lo más mínimo aquella misericordia, y atravesó las puertas de la cárcel sin comprender tampoco su inmensa desgracia, su deshonra, su juventud perdida para siempre, las lágrimas de los suyos, el odio bárbaro de todos...

R. SÁNCHEZ DÍAZ

## Ratas sabias

En Villassar de Dalt acostumbran los feligreses á celebrar todos los años, el día 1.º de Mayo, una procesión más ó menos espléndida, según el bolsillo del beato que se presta á cargar con el pendón principal; y este año estaban entusiasmados los hombres negros, porque un joven muy rico iba á transportarlo.

Llega el momento de echarse á la calle, y cuando van á sacar el productivo pendón, se encuentran con que unas ratas se habían comido la mitad, teniendo, por lo tanto, que suspenderse la fiesta.

¡Oh ratas con más sentido común y moral que los beatos!

¡El cielo os dé numerosa descendencia!

## Cobra buena fama...

Un tal Ruiz, cura de oficio, quiso en Jerez de la Frontera celebrar la terminación de la carrera de piano de una sobrina suya, y al efecto convidó á varios amigos, entre ellos dos dominicos, á echar una cana al aire en una finca de un conocido.

Después de comer bien y beber mejor, antojósele á uno de los clérigos pasear en lancha en un lago lindante con la finca; montan todos, quedándose para lo último el tío de las sobrinas (se me olvidaba advertir que llevó otra, á más de la pianista); y al montar, como pesa de 80 á 85 kilos se inclina la lancha, vuelca y todos al agua.

Gana cada uno tierra como puede, menos el protagonista, que cae accidentado; las sobrinas comienzan á gritar, corren algunos hacia él, lo pescan, lo colocan en el carruaje, y á casita, donde guarda cama algunos días.

Y ahora no hay quien les quite de la cabeza á los jerezanos que no fué precisamente el agua el líquido que produjo la catástrofe.

Y es que sin duda tienen en cuenta que mi cura es todo un barbián que se canta y se baila por lo flamenco con todas sus naturales y vinícolas consecuencias.

Cobra buena fama...

## El cuarto sacramento

—Dígame, niña: ¿cuántas cosas son necesarias para hacer la primera comunión?

—Siete. Un vestido blanco, un velo vaporoso, un prendido de azahar, unas botitas de raso, unos guantes de cabritilla, un devocionario muy bonito y un rosario muy mono.

—¿Y qué efectos produce la primera comunión?

—Causa la envidia de las amiguitas pobres, se gana una muchísima pipos y mu-

chísimos besos, está expuesta á que le salga novio, y visita á todos los parientes, vecinos y conocidos.

—¿Y qué es lo que se recibe en la comunión?

—Pues á Jesús Sacramentado.

—¿Y eso que es?

—No lo sé.

—¿No lo dice el devocionario?

—Lo dirá; pero yo no sé leer.

—¿Y la doctrina cristiana, la sabe?

—Tampoco.

Estos efectos produce generalmente en las niñas el acto de la primera comunión.

Y también produce el de dejar empeñados á los padres cursis con las modistas, que se ven y se desean para cobrar los pingos y emblemas religiosos de la niña.

La verdad es que no hay nada tan tonto como una familia católica tonta.—C.

## REMEMBRANZA

En la Edad Media los monjes que no eran abogados ó rúbulas, médicos ó curanderos, ejercían el comercio; y en este punto era difícil encontrar un santo pretexto que coonestara el espíritu de lucro. «El clérigo, dice Pedro de Blois (Epístola XVII) que compra barato para revender caro, es hijo de la avaricia, idólatra del oro, esclavo de Mammon, vendido al pecado; querer aumentar sus bienes con el tráfico es darse en venta al diablo.»

Los Concilios recordaban á los religiosos que el fraude es inseparable del comercio. «No hay contrato (Concilio de Londres, siglo XIII) en el cual no trate una de las partes de engañar á la otra; no hay venta en la cual no intervenga un pecado; los legos mismos deberían abstenerse de este vergonzoso tráfico: ¿qué se ha de decir de los religiosos que á él se dedican?»

El Concilio de Saumur afirmó la usura de los monjes: «Unos, afirmaba el Concilio de Tous, 1163, lo hacen abiertamente como banqueros, otros inventan contratos simulados juntando el fraude á la hipocresía.»

Impotentes fueron todas las prohibiciones. «Los clérigos, dice el Concilio de Colonia, año 1200, prefieren su infame avaricia, el servicio de Mammon, al culto de Jesucristo.»

Ahora vean los frailes del Desierto ó convento de las Palmas cómo concilian su carmelitano licor con las severidades de los Concilios de Londres, Saumur, Tous y Colonia. Su dignidad espiritual, como la de todos los monjes y todas las monjas que trafican, está en un tris.

## Todos somos unos

Nuestro país es una excelente escuela de comediantes. En nuestro país abundan los histriones. Somos unos hábiles, unos magníficos faranduleros. Y por tratarse de cosas de cómicos, aquí todo acaba en farsa ó en caricatura. Sentimos, como ningún otro mortal, un amor entrañable, profundo, á nuestra covachuela. Los pequeños y mezquinos intereses que en ella nos hemos creado pueden en nosotros más que todos los estímulos de la conciencia y que todas las exaltaciones del espíritu. Y si alguna vez salimos de nuestro encerramiento para aparentar que todavía somos capaces de apasionarnos por algún ideal noble y generoso, nuestra actitud acaba inevitablemente con una mueca ridícula y grotesca, porque como en realidad no somos más que unos pobres farsantes, haríamos un desdichado papel si tomáramos en serio el que nos corresponde.

Ante todo y sobre todo, sentimos el amor á nuestra covachuela. Y el instinto de conservarla es en nosotros más fuerte que cualquier otro instinto. Cuando enmascaramos nuestro rostro y vestimos nuestro cuerpo con algún traje gallardo y deslumbrador para cambiar de fisonomía y de figura, en cualquiera de esas dulces y admirables ficciones que tanto entusiasman á la multitud, nadie nos conocerá bajo las apariencias de nuestro gesto romántico. Parecemos otros. La multitud palmea, aplaude; la multitud á quien engañamos y que tiene un concepto demasiado versátil y demasiado superficial de las cosas. Pero despojamos nuestro cuerpo de las áureas y gallardas vestiduras, desenmascaramos nuestro semblante, y sólo nos queda la librea ó el disfraz. Amamos sobre todas las cosas la librea. Quizá por esta causa nuestros movimientos no puedan ser demasiado libres y nuestras posturas demasiado arrogantes. ¡Oprime tanto la librea!

A veces también suele ocurrir, que un sacudimiento de asombro y de maravilla invade el campo de la farándula. Pero sólo ocurre cuando un suceso excepcional interrumpe la buena y paradisiaca armonía que reina entre todos los histriones. De pronto surge un rebelde que no sabe su papel, que no

sabe lo que tiene que decir, y dice lo que se le ocurre, lo que se le antoja, lo que siente. Entonces sí que nos indignamos, y caemos sobre el infame perturbador con todo el peso de nuestras injurias. Y la razón está siempre de nuestra parte, porque nosotros somos los que dirigimos el cotarro. Todo puede caer sobre nuestra pequeña Patria, todo menos la perturbación. Por encima de todos los respetos y consideraciones exigimos el respeto á la complicitad, que á veces solemos llamarla disciplina. Y si alguna vez se falta á este requisito, entonces nos miramos unos á otros, miramos nuestras covachuelas con un movimiento de vaga inquietud, interrogándonos acerca de lo que debemos hacer, como buenos hermanos; porque entre nosotros, aunque lo parezca, no hay enemigos. Todos somos unos. Todos estamos en el secreto. Y el público aplaude, aplaude siempre. El público aplaude todas las actitudes y todos los gestos. Y después olvida. ¡Es tan versátil y tan superficial!

Y he aquí que el lamentable cómico, el intruso, el advenedizo, el perturbador, cae envuelto en su propia culpa. Y he aquí que sobre los gritos de la víctima se alzan nuestras voces joviales y fuertes; sobre la pobre víctima, que es, entre nuestros gestos y piruetas, el único gesto trágico.

HUMBERTO RIVAS

## La Iglesia y el Estado

Ya no es una cuestión dogmática, ni siquiera religiosa, para la ortodoxia, la separación de la Iglesia y el Estado. En el último programa de los carlistas ultramontanos, se consignan la libertad de cultos y la independencia absoluta de la Iglesia.

«Condenar á los que profesen otras religiones—dice el programa aludido, que traduce el catalán—ni lo quiere la Iglesia ni puede hacerlo el Estado. Los moros y los judíos vivieron libremente en Cataluña y en Castilla.»

«La Iglesia, en sus ministros y en su organización, no depende del Estado. Nombrar obispos, intervenir en la organización religiosa, pagar á los sacerdotes, son cosas que no ligan lo sagrado á lo profano, tan sujeto á la movilidad como los gobiernos, que pueden dar lugar á simonías, indignidades y conflictos religiosos por causas políticas.»

«El clero, por lo demás, no tendrá privilegios de gobierno teocrático.»

Dejo á los integristas el cuidado de comparar estas rotundas afirmaciones del carlismo moderno, con las proposiciones condenadas en el *Syllabus* y bulas aclaratorias, y á la Congregación del Índice la correspondiente declaración de herejía; á mi propósito sólo interesa consignar que las relaciones de la Iglesia y el Estado no son divinas, sino humanas; no son eternas, sino temporales; no son religiosas, sino políticas.

Y no sólo cuento con el voto de los tradicionalistas, sino con el de muchos prelados, entre otros con el del cardenal Sancha, que sostuvo, en una conferencia pública, la separación de la Iglesia y el Estado, y el de cristianos tan sinceros como D. Gumersindo Azcárate, que acaba de declarar, de acuerdo conmigo, en Bilbao, política esta cuestión. Y bien pudiera aquí argumentar con el hecho de haber vivido muchos años la Iglesia de Madrid completamente separada del Estado, sin que nadie de ello se diera cuenta. Y miren por donde voy á resultar más consecuente que los tradicionalistas, que el difunto cardenal primado y que el presidente de la Junta nacional de Reformas Sociales. Estoy completamente identificado con el *Syllabus* en este punto: la Iglesia no debe separarse del Estado.

Cuando mi inolvidable jefe político, don Manuel Ruiz Zorrilla, preparaba su último manifiesto, trabajé cuanto pude para que no consignara en él la separación de la Iglesia y el Estado, y no la consignó.

Con D. Francisco Pi y Margall, que en cosas sagradas era la candidez personificada, celebré algunas conferencias sobre este punto, teniendo la satisfacción de persuadirle de los grandes peligros que acarrearía á la República y á la libertad la independencia absoluta de la Iglesia.

Nakens y yo estuvimos siempre de acuerdo, y á él le cabe la gloria de la invención del aforismo que campea, presidiendo las páginas de *EL MOTIN*: «La Iglesia esclava en el Estado libre.» Así, sin ambages ni rodeos, para que todo el mundo se entere y nadie se llame á engaño: la Iglesia sometida políticamente al Estado. Porque eso de la libertad de la Iglesia, como lo del derecho común á que aspiran las Ordenes religiosas, es una especie de cable que la democracia de doble larga al clericalismo, que lucha desesperadamente, naufrago en el mar embravecido de la civilización y del progreso.

Cuando la Iglesia domina al Estado, proclama de origen divino y como hecho dogmático la alianza y exige privilegios irritantes, monopolios odiosos, subvenciones escandalosas y dirección absoluta de la sociedad y de la familia, de la enseñanza, de



la beneficencia y de todas las funciones del Estado; por eso condena como la mayor de las herejías la separación; pero en cuanto ve en peligro su influencia o descartada en absoluto, entonces reclama una libertad también privilegiada, y en último caso se acoge al derecho común. Todavía en los pueblos que fueron siempre libres y que no conocen los peligros del catolicismo romano, casi puede pasar que la Iglesia viva como cualquiera otra asociación; entre nosotros no hay ni que soñar con tales benevolencias; la sumisión de la Iglesia para España ha de ser la del vencido, y ha de ser así porque ella lo quiso. ¿No nos ha retado tres veces en los campos de batalla? ¿No la hemos sorprendido en muchas ocasiones conspirando? ¿No nos insulta desde sus pulpitos y desde las columnas de sus periódicos? ¿No nos impone la ley de sus alianzas con los poderes públicos? Que no se extrañe de nuestra actitud de mañana; impondremos la ley del vencedor al artero y traidor enemigo, reduciéndole a la servidumbre política a que nos tiene ella ahora reducidos.

Eso quisieran los frailes, que se le otorgaran los honores y derechos de ciudadanía. ¿Acaso un fraile es un ciudadano libre? ¿Es por ventura ni siquiera dueño de su persona? ¿Es español quien no conoce más rey ni más gobierno que el del Papa ni más patria que el Vaticano? ¿No es el cura un esclavo del obispo? ¿No tiene el obispo en su mano su honra y su hacienda? ¿No puede en todo momento privarle del ejercicio de su ministerio, y con ello de sus únicos medios de subsistencia? El Estado no puede amparar bajo el derecho común estas enormidades; ha de libertar a los individuos aunque sea preciso esclavizar las instituciones.

El ejercicio de todo culto será libre; pero se ha de extirpar la explotación religiosa y se han de redimir los parias de Roma, reglamentando con dureza las asociaciones que sólo exigen deberes a sus miembros, negándoles todo derecho, y anulando aquellas cuyos fines estén en contra de la moral universal y los legítimos intereses del Estado.

Hay que garantizar a los mismos católicos sus derechos sociales, como miembros de asociaciones activas; no pueden dejarse abandonados los ministros al capricho de los que se erigen directores, ni aun a leyes y reglamentos que pugnasen con los artículos de nuestros códigos; y sobre todo hay que proteger a los demás ciudadanos de las coacciones, violencias y sorpresas de la Iglesia; dejarla en libertad significaría erigir en sistema, con la garantía oficial, el abuso y sostener el más irritante de los privilegios.

La Iglesia, en el Estado libre, no pasará de ser una asociación, peligrosa por sus antecedentes; por lo mismo ha de reglamentarse según su índole y atendiendo a su carácter de asociación internacional, que tiene su jefe en el extranjero. De esa Iglesia trato, no de la congregación de los fieles unidos por la caridad en Cristo, digna por todos conceptos de la consideración y del respeto del Estado y de la sociedad.

La Iglesia que ha de esclavizarse, es la Iglesia que creó la Inquisición, que quemó vivos a los disidentes, que expulsó a los judíos, que se apoderó de la riqueza nacional, que saqueó las fortunas privadas, que arruinó con engaños a viudas y pupilos, que embruteó a las multitudes fomentando la ignorancia para predisponerlas a tragar los prodigios y los milagros más estupendos, que se introdujo en la cámara de los reyes y en las alcobas de las reinas, que se atribuyó la dirección de los Estados desde el confesionario, que explota los secretos de las familias que le revelan los penitentes, que a título de la conservación de la fe se apodera de la enseñanza, que se hace industrial y comerciante, indulgenciando sus géneros y productos como medio de coacción y competencia; que hace de la fe ajena arma política para introducirse, a título espiritual, en las Cortes y en las corporaciones populares; que divide en banderías a los ciudadanos, que se alza con la propiedad colectiva de los fieles, que hace de los ministros del culto parias miserables sin voluntad de acción, sometiéndolos por vida al férreo yugo de su despotismo, sin redención posible; que se confabula por el celibato colectivo y organizado contra el aumento de la población legal, con peligro manifiesto de la moral y de las buenas costumbres; que obliga lo mismo a los que creen que a los que no creen, al sostenimiento del lujo oriental de su culto y de la vida principescas de sus obispos y magnates; que promueve guerras religiosas con motivos políticos, y que intenta, en fin, apoderarse de la Tierra en nombre del Cielo.

Institución tan peligrosa no puede ser libre; y en tanto no pueda ser disuelta, el Estado ha de ejercer sobre ella una prudentísima vigilancia, sin dejar de proteger la libertad religiosa cuando la religión no aspire a ser función del Estado ni programa de gobierno.

Tampoco será posible someter ninguna asociación religiosa al derecho común, ya porque todas las religiones tienen fines que escapan a la penetración de los humanos legisladores, ya porque, interesando sólo a la conciencia individual, no pueden ser objeto verdadero de la ley. Lo que sí es legítimo son las externas manifestaciones religiosas, el culto, y para los cultos existen en todos los países civilizados leyes comunes, pero

especiales; bajo éstas ha de caer el catolicismo, bajo la esclavitud del Código.

A los obispos, y sobre todo al Papa, les vendría muy bien que se declarase la Iglesia libre en el Estado libre, dejándolos en pacífica y legal posesión de la fabulosa riqueza mueble e inmueble que usufructúan a título precario y que pertenece por igual a todos los españoles, y les vendría muy bien esta independencia acompañada de los millones con que la nación subvenciona el culto y sus ministros; les vendría muy bien que se legalizara la intrusión de las expulsadas y abolidas Ordenes religiosas para seguir explotando al país, que eso es lo que quieren entender por separación de la Iglesia y el Estado, sentido contra el que me rebelé constantemente.

Y que no se invoque el espíritu de justicia, pues aparte de que en la guerra no hay justicia, y aquí se trata de un enemigo artero y miserable, de un vencido peligroso, los derechos que obispo y clero pudieran alegar a los bienes de la Iglesia no son legítimos, porque, en último caso, ellos no son la Iglesia, sino todos los españoles bautizados; y si su legítima representación en Cortes dispusiera de ellos, es claro que disponían de lo suyo. Y no hay para qué invocar la procedencia pía ni el carácter especial de la riqueza eclesiástica.

Un pariente mío legó al ayuntamiento de un pueblo un olivar para que se alimentara de aceite al alumbrado público. La corporación municipal utilizó para los faroles, primero el petróleo, luego el gas y por último los sustituyó por lámparas eléctricas. Los herederos de mi pariente, como ya no se cumplía la voluntad del testador, de alimentar con aceite los faroles, entablaron interdicto de recobrar, y el olivar les fué adjudicado.

Nuestros antepasados, á quienes la mortecina luz del candelil del fanatismo les hizo ver espectros, diablos rabudos, hogueras de humana grasa alimentadas, depósitos hirvientes de pez griega y plomo derretido como destino preparado a sus almas pecadoras, sin otra posible redención que los sufragos y especialmente el sacrificio de la misa, se apresuraron a comprar la felicidad de ultratumba, legando a las parroquias y conventos sus fortunas, para bien de alma.

Cuando el brillante arco voltaico de la ciencia ha iluminado los caminos de la civilización y del progreso, se han disipado aquellos fantasmas macabros que danzaban en la penumbra de la ignorancia; y espectros, y diablos, y hogueras, y depósitos de resinas y plomo derretido, Purgatorio e Infierno, han salido rodando entre los prolongados estridentes ecos de la carcajada universal.

Profetas, videntes, iluminados, intermedios de la divinidad, papas, obispos, curas, frailes y monjas, no tienen puesto en la formación de los ejércitos de la ciencia moderna, y los bienes que por aquellas artes usufructúan los tienen robados. Es verdad que el uso que hicieron de aquellos pios legados de una fe vacía de todo raciocinio, corrió parejas con las formas reprobadas de arrancarlos.

No hay que remontarse a aquellos tiempos en que la codicia episcopal dejaba en tinieblas hasta el santuario e indotado el culto para atender al lujo escandaloso de sus barraganas; cuando los niños de nueve años, hijos de las queridas de los magnates eclesiásticos, eran nombrados abades, mozaletes imberbes, obispos, nuncios y papas y viajaban juntos frailes y monjas; basta observar el destino que en nuestros días se da a los legados piadosos, para horrorizarse.

Los prelados insultan con su lujo oriental a los humildes y atropellan a los pobres con sus carruajes, viajan en los trenes más confortables y hacen la visita pastoral en automóvil. Los frailes de las más bajas extracciones y las monjas procedentes del fregadero habitan en suntuosos edificios, se dan la vida de la gente adinerada y su orgullo corre parejas con su falta de moralidad. Unos y otras se rinden con pasmosa facilidad y frecuencia a los requerimientos de Cupido, los conventos de varones no se desocupan de devotas visitantes ni los asilos de devotos de las hermanas, ni los locutorios de las clausuras de frailes y de clérigos monjillos.

Aquéllos ahorcan los hábitos, roban a sus comunidades y raptan doncellas; las monjas se suicidan, rompen las clausuras ó se escapan locamente enamoradas de tenorios falsificados. El dinero de la piedad, fruto de los pecados, el presupuesto del Purgatorio se invierte en blondas y encajes, en sombreros pompadour, en faldas de raso, en medias de seda, en recreos veraniegos, en sostenimiento de queridas, en banquetes lujosos, en champagne y tabacos de la Vuelta de Abajo, en vistosos pingos, en alhajas costosas, en perfumes de moda, en asambleas y congresos ridículos, en peregrinaciones, en periódicos, en trabajos electorales, en pólvora y balas para fusilar cristianos, en guerras civiles para devastar la patria.

No, no es posible dejar a esa Iglesia en libertad de seguir desmoronando y aniquilando el país. La libertad ha de ser para los individuos; para ese género de asociaciones, nunca.

Nuestra única separación de la Iglesia y el Estado será la separación política, la económica, del presupuesto de culto y clero, y de la administrativa de Roma de las asocia-

ciones religiosas españolas, dueñas y señoras de los mal llamados bienes eclesiásticos, regidas por leyes especiales que garanticen lo mismo los derechos de los creyentes que los de los ministros, cuya situación será la de hombres libres en vez de la de parias que hoy arrastran bajo la férula de los prelados: asunto que será objeto de otro artículo.

CANTACLARO

## TODO LÚGUBRE

La superiora de la Inclusa de Avila no permite que las madres de los asilados vean a sus hijos fuera del primer día festivo de cada mes, fecha reglamentaria.

Pero el reglamento no autoriza a esa madre sin hijos conocidos para prohibir a las madres verdaderas el beso y la caricia en otros días del mes, siempre que los asilados no se hayan hecho indignos de tales goces por su mal comportamiento.

Deben de ser todos ellos muy malos ó la superiora muy rígida é intransigente en puntos de virtud, cuando á todos los mide con el mismo rasero, impidiéndoles la comunicación con sus madres. Lo que ella dirá: Si tanto quieren ver á sus hijos, que se los lleven á casa.

¡Oh, caridad, caridad! No busques refugio en unas blancas tocas ni en el sayal de una hermana superiora. Anida en el corazón de las madres, sobre todo de esas madres pobres que en Avila van llorosas á la puerta del asilo, pidiendo por compasión que se la entreaban, para dar un beso á los pedazos de sus entrañas...

Hasta la caridad tiene aquí forma de prisión.

## Letanía "derniere"

En Francia se ha puesto de moda la siguiente letanía, que copio á título de curiosidad cuco-religiosa:

«San Vicente: Casadme prontamente.  
San Privado: Con un soldado.  
San Nicanor: Con un doctor.  
Santa Berenguela: Con el maestro de escuela.  
San Ademar: Con un auxiliar.  
Santa Blasa: Qué mande yo en mi casa.  
San Mateo: No olvidéis mi deseo.  
San Amador: Soy hermana mayor.  
Santa Severa: Debo ser la primera.  
San Isidoro: Sea rubio como el oro.  
San Filomeno: Aun cuando sea moreno.  
San Gabino: Que tenga un buen destino.  
San Gabriel: Que siempre me sea fiel.  
San Fructuoso: Que sea muy cariñoso.  
San Saturnino: Que nunca pruebe el vino.  
San Ciríaco: Que aborrezca el tabaco.  
Santa Magdalena: Que no me dé una pena.  
San Fernando: Ya lo estoy aguardando.  
Santa Rita: Que llegue en segundía.  
Santa Fabiana: Mejor hoy que mañana.

Esto parece una tontería, y lo es, pero sirve para llenar la bolsa del cura, que es lo que se trata de demostrar en todo lo que con la religión se relaciona.

Por lo tanto, lo reproduciré á fin de que circule, y los pobrecitos curas españoles se agencien por ahí unas pesetillas.

Y luego dirán los ingratos que no los quiero, cuando les ayudo hasta en el esquilado de las ovejas del rebaño católico.

¡Triste sino el mío! ¡Sembrar beneficios para recoger ingratitudes! Que el Señor me lo descunte el día del juicio del total de mis culpas.

## Abogadas inútiles

España arde en fiestas católicas estos días, para celebrar la gloria de sus santos.

Fuegos artificiales, corridas de toros, bailes y otros excesos, constituyen el fondo de la devoción española. Es una manera muy singular de enaltecer á Dios.

Hasta los pescadores y pescadoras de Guipúzcoa echan los pies por alto con tan noble objeto. Hace poco celebraron la fiesta de Santa Rita, abogada de los imposibles, y de Santa Quiteria, abogada de la rabia.

Hubo música, fuegos y baile. Y en premio, las santas han desatado un temporal furioso sobre aquellas costas, con bailoteo de barcos y danza macabra que ha matado á muchos pescadores y dejado huérfanas á muchas familias.

Y si las santas no han hecho esa atrocidad, tampoco la han impedido; no pueden ó no quieren, que para el caso es igual.

## Por este camino

Continúa el movimiento anticlerical en la provincia de Valencia en la verdadera y única forma que puede asegurar el éxito.

A las muchas instancias presentadas al ar-

zobispo, separándose oficialmente del catolicismo, hay que agregar la de un vecino de Benetuser.

Al entregar el documento en las oficinas eclesiásticas le preguntaron:

—¿Y esto que es?

—Pues una baja, contestó sencillamente el interesado.

Varios jóvenes del mismo pueblo imitarán la conducta de su paisano, y si ya no lo han hecho, ha sido por figurarse que para ello debían ser mayores de edad. No es así.

Basta, les dice *Clarete*, para separarse oficialmente de la secta católica, ó de otra cualquiera, haber llegado al uso de la razón.

Bien dicho.

El día que esta moda higiénica, barata y elegante se extienda por toda España, iremos todos decentemente ataviados, en lo moral y en lo intelectual.

Debido á los numerosos entierros civiles que se vienen efectuando en Roma, los párrocos han resuelto reducir considerablemente el precio de los entierros católicos.

Ahí les duele, compatriotas. Adelante con los actos civiles, hasta que los curas españoles, por no confesar su derrota, nos catequicen para enterrarnos gratis y tal vez dándonos dinero encima.

Bastantes siglos llevan ya de sacárnoslo hasta por respirar.

## Conoce á los suyos

El cura de Valtierra no da un *jipio* místico en un entierro, ni moja la cabeza á un chico, ni une á una pareja, sin que le suelten la mosca por anticipado.

Lo que él dirá.

«Si los sacramentos y las obras de misericordia no se han inventado para que vivan bien los curas ¿para qué se han inventado? ¿No pago yo al zapatero cuando le encargo unas botas? Si mi sobrina tuviera un desliz ¿no me pasaría la cuenta la comadrona?... Cada cual vive de su oficio, y el que manda trabajar, que pague. Y por adelantado. Buenos peines hay en el catolicismo para que se descuide uno en cobrar.»

Y si se dice eso, hay que darle la razón. La enseñanza religiosa no da de sí muchos hombres de rectitud moral. Y ese cura conoce á los suyos.

Y entre bobos anda el juego.

## RIOTINTO

### UN DIRECTOR Y UN ALCALDE

El marqués y el zapatero.—¡Vayan protestas!—*Carlyle el malo.*—*El hombre seco, malversador y sayón.*

Hace seis años iba yo por Extremadura en representación de un periódico de Madrid, y en Fregenal me encontré con el hombre alto, seco, del que tantas veces he huido en Riotinto. Nos presentó un marqués, campechano y gran bebedor.

—¡Ya ve usted!—me decía.—Ninguno lo hacíamos aquí caso; era un pobre zapatero remendón. Luego se marchó por el mundo en busca de fortuna, y gracias á su talento es alcalde de Nerva.

Y el buen marqués se admiraba de que el antiguo remendón hubiese llegado tan alto como él en la carrera política.

El alcalde de Nerva aún conservaba su pristina tosquedad de formas; pero era listo, insinuante, y en sus ojos chispeaba la astucia. Quiso llevarme á Nerva para que viese su obra administrativa, obra ejemplar de un modesto hijo del trabajo, elevado á la Alcaldía por expresa voluntad del pueblo, de aquel enjambre de mineros que contemplaban en él á uno de los suyos... El tiempo lo tenía muy tasado, y no podía acompañarlo.

El hombre alto, seco, lo deploré. Yo hubiese podido confirmar lo que algunos días antes había visto el Sr. Menéndez Pallarés en un viaje profesional. Nerva era un modelo de buena administración: los fondos rebosaban de las áreas municipales; eran muchas las obras públicas que este excelente alcalde había realizado, y muchas más las que estaba á punto de realizar. El había muerto y sepultado al caciquismo en la grande y activa villa y... ¡qué sé yo!... Sólo sé que encantado con aquel mirlo blanco, toqué el parche en su honor.

Al terminar el viaje y volver á Madrid me dijeron en el periódico que mi artículo produjo detestable efecto en Nerva. Las cartas de protesta llegaron á granel. Todo lo que yo había dicho era falso. El alcalde no era un trabajador, sino un agente y empleado de la Compañía de Riotinto; el cargo público no se lo debía al pueblo, sino al director de las minas, que le quería tanto como le detestaban los mineros. Queríale aquél y le odiaban éstos por ser un activo portador de chismes. ¡Y si fuesen chismes de comadres! Pero hacían daño, porque eran denuncias de unos, recomendaciones de otros para ejercer la alcahuetería...



Como ahora estoy a punto de abandonar el dominio inglés y ya no es preciso que oculte mi condición, recuerdo en Nerva que yo fui el autor de aquel antiguo artículo. El conserje del establecimiento donde tomo café se santigua y ríe:

—Buena lata tuve que aguantar por el dichoso artículo!—No lo pierdas; guárdalo bien!—me decía el alcalde.—Y cuando llegaba algún forastero ó alguna persona de viso en Ríotinto, me ordenaba con indolencia:—«Mira, saca ese papel!» Y dirigiéndose al extraño añadía:—«Es un artículo en el que hablan de mi gestión como alcalde... Yo no sé cómo han podido informarse; no he estado en Madrid; ni siquiera estaba en Nerva cuando se publicó... ¿Conoce usted á ese señor que lo firma? Yo nunca le he oído nombrar... Decididamente, estos periodistas son el mismo demonio... ¿Cómo podía figurarme que me conociesen en Madrid?»

Y el conserje termina:

—Cuatro ó cinco meses guardé el periódico. Deshecho ya en fuerza de manosearlo, el alcalde tuvo que renunciar al placer de que el forastero le leyese.

Este alcalde fué el protegido de mister Carlyle, de triste recordación. Pensando en él y en su nefasta obra, se recuerda por contraste á su ilustre abuelo, el puro escritor inglés que consumió su vida celebrando en alto estilo todo lo noble. En el nieto encarnó el espíritu de la codicia y el triunfo de la materia, matando al espíritu que vitalizó el *Sartor Resartus* de Tomás. El deseo de justificar ante la Compañía sus ansias de oro le llevó á aumentar los beneficios de ésta á poco coste: arrancando las ricas pilas de cobre que sustentaban las galerías de Ríotinto en el aire. La galería de San Dionisio hundida con riesgo de aplastar á 2.000 hombres, el hundimiento de medio pueblo y el próximo del otro medio, son la obra de Carlyle el pequeño.

Su ineptitud le costó á este antiguo profesor de Geología el cargo de director. Su último fracaso fué perder la alcaldía de Nerva, y la Compañía no puede permitir que ningún cargo público en Ríotinto ni en los alrededores lo ejerza el que no dependa directamente de ella. ¿Quién fué el protector del nuevo alcalde? Alguien dice que fué un prelado. Lo cierto es que mister Carlyle se desdichó, y la Compañía tuvo que enviar á Ríotinto un director más apto y diligente.

¿Y mi antiguo amigo de Fregenal? Su sucesor no tuvo piedad: hiló delgado, y el que se me presentó como un modelo de administradores fué procesado por malversación de fondos... Derrotado, denostado, mal querido y sin el sostén de Carlyle, tuvo que huir de Nerva y refugiarse en Ríotinto...

Pero fué siempre un fiel servidor de la Compañía, y como todo el que obra bien recibe premio de sus amos, el hombre seco ha mejorado bastante. Hoy tiene pingüe sueldo, caballo, casa gratis. Es el jefe de guardias y «guardiñas...» Cuatrocientos hombres le saludan militarmente cuando pasa sonando las espuelas.

M. GIGES APARICIO

## Suciedad religiosa

Un concejal bizkaitarra dijo en el Ayuntamiento, haciendo de ello gala, que nunca se había bañado. No lo extraño, porque en el odio al agua consistió siempre la perfección cristiana. Léanse la vida de los santos y las máximas estampadas en los libros pía-dosos. Entre ellas figura ésta, que por poco no le cuesta una excomunión al modelo de limpieza que la compuso:

Niño, lávate los pies  
cada dos años ó tres.

Al leer la noticia se me ocurrió pensar ¡qué asco! en que si ese concejal es casado, su esposa será católica también, y por consiguiente, enemiga irreconciliable del agua. Y que cuando estén en el lecho conyugal, no podrán emplear la frase bíblica: «serán dos en una carne», sino esta otra: «serán dos en una pocilga.»

De las muchas cosas que he leído en la Prensa acerca de ese concejal marrano, y por lo tanto católico, voy á reproducir esto de *El Diluvio*, lo más justo é imparcial de cuanto he visto:

«Lástima grande que ese bizkaitarra y concejal del Ayuntamiento de Bilbao que se vanaglorió en plena sesión pública de no haberse bañado en sus días, no viviera en tiempos pasados, cuando, según cuenta la gente de buen humor, funcionaba en esta capital una Sociedad en la que no se podía ingresar sin haber antes acreditado ser un sucio en todo el sentido de la palabra.

Refiérese que se pirraba por pertenecer ella un chusco, el cual no acertaba á idear una suciedad de á bulto que le abriese de par en par las puertas de aquella singular y puerca entidad. Pero como el muy sucio no abandonaba su propósito, un día tuvo la ocurrencia de redactar un memorial de ingreso, guardándolo en el acto en el bolsillo para refrendarlo antes de hacer de él entrega.

Ya escrito el documento, sintió apreturas que le obligaron á retirarse á un gabinete que creemos excusado describir minuciosa-

mente. Diremos tan sólo que cuando hubieron cesado las apreturas y el aspirante se sintió desahogado, sacó ceremoniosamente del bolsillo el memorial consabido, y cuando con él hubo hecho el uso que tampoco es necesario describir, guardólo cuidadosamente en un sobre, haciendo que poco después llegara á manos del secretario de la Sociedad de sucios. De esta hecha—decía—ya pertenezco á esa Corporación de suyo originalísima.

Pero no contaba con la huéspedela del aspirante. Porque al reunirse la Junta directiva, y al darse cuenta del amarillento memorial, y cuando ya la mayoría de los reunidos había otorgado el *regium equeatur* al solicitante, plúgole al presidente exclamar:

—¡Alto ahí, señores! Ustedes no se han fijado en la revelación que contiene este amarillento papel. El revela, sin lugar á dudas, que el aspirante pertenece á la desdichada y limpia clase de los que, después de pasar por ciertas apreturas, no aciertan á levantarse de su asiento sin haber antes hecho uso del papel que han necesitado. Por tanto, propongo que á ese mentecato se le dé carpetazo por poco sucio, y aun, si se me apura, diré por limpio.

Y el nuevo aspirante no fué admitido por unanimidad.

Ese concejal bizkaitarra que tiene á gala no haberse bañado en sus días, si hubiese vivido en los tiempos de referencia y dado caso que hubiese mostrado empeño en ser consocio de los sucios, de seguro que hubiese sido más afortunado que el desahuciado autor y firmante del amarillento memorial.

## LA SANTA ROÑA

Borboteaba el agua adamantina en la fontana monacal, y la linfa diáfana era como una bendición de la Naturaleza, mostrando aquel singular beneficio de sus dones, que cantaba una canción cristalina sobre la taza barroqueña, y se alegraba bajo el sol de Castilla, lanzando al caer una danza de aljofares sobre su lecho transparente.

Era la hora en que, terminada la refacción postrera, tenían aquellas buenas monjas del monasterio de San José, de Avila, según las reglas de su orden, el tiempo de su recreo vespertino. En la huerta, las novicias, como blancas palomas, reuníanse bajo los cipreses y la alta inspección de su severa directora. Las profesas paseaban emparejadas por el largo emparrado que bordeaba el muro, y sólo la santa madre reformadora de la congregación carmelitana dejaba transcurrir su rato de reposo en la celda rectoral, desde cuyas ventanas percibíase de un lado la huerta del beaterio y del otro las calles de la villa. Era una tarde amena y grata; escondíase el sol propicio á las jácaras y no á las elegías, y finábase un día veraniego, caliente, dorado y alegre, como el vino castellano de Rueda.

Mas no todo era holgar en aquellas místicas ovejas, sujetas al sabio pastoreo de la seráfica madre Teresa de Jesús. Había un desasosiego en sus almas y otro desasosiego mayor aún en sus cuerpos, algo que mortificaba sus carnes y en ellas se cebaba, según los gestos inquietos de las devotas esposas del Señor. Y todas ellas iban aprendiendo el verso de un himno que había de ser impetración al Altísimo para que las librara de aquel demonio atormentador ó de aquellos, porque, á no dudar, eran legión enorme y formidable.

Ellas habían acudido á la santa madre, que aquellos días hacía en aquella casa una estación de su vida peregrina. La fémica inquieta y andariega, que dijo el nuncio Segá, celoso quizás de la rivalidad de aquellas faldas religiosas. Y la santa madre Teresa de Jesús había trazado el himno fervoroso con que se pediría al Altísimo que librara á sus corderas de aquellos espíritus menudos é infernales que al calor de las místicas lanas crecían, engordaban y se multiplicaban.

Al otro día hubo función solemne en el templo monacal. Presidióla la santa madre, y ella contestaba con una estrofa á las fervientes invocaciones de la comunidad asacada por el enemigo malo. Así, las monjas decían suplicantes:

Pues nos dáis vestido nuevo,  
rey celestial,  
librad de la mala gente  
este sayal.

Y la santa madre corroboraba la humilde imploración:

Hijas, pues tomáis la cruz,  
tened valor,  
y á Jesús que es vuestra luz,  
pedid favor.  
El os será defensor  
en trance tal.

Y las monjas repetían:

Librad de la mala gente  
este sayal.

Y así seguían luego la madre y las hijas:

Inquieta este mal ganado  
en la oración,  
el ánimo mal fundado  
en devoción,  
mas en Dios el corazón  
tened igual.  
—Librad de la mala gente  
este sayal.

—Pues vinisteis á morir  
no desmayéis,  
y de la gente incivil  
no temeréis.  
Remedio en Dios hallaréis  
á tanto mal.  
—Pues nos dáis vestido nuevo,  
rey celestial,  
librad de la mala gente  
este sayal.

Mas, ¡ay!, que finóse la rogativa, partióse del convento la santa madre, pasaron los días, y los enemigos arrojaban en sus ataques sobre la carne de las monjas. La gente incivil, que dijo la gran socarrona de la madre Teresa, prosiguió llenando las ropas de aquellas esposas del rey celestial, y ensañándose en sus carnes, que á fuerza de avance por el camino de la perfección, había ya mucho tiempo que no eran blancas ni rosadas.

Y en tanto, sus ojos no se volvían nunca hacia la fuente cristalina que borboteaba inútil, y mostraba en vano el claro tesoro de sus aguas. Cubiertas de roña y comidas de piojos, las monjas pedían al dios fabuloso el remedio que á su mano tenían en la visible y tangible divinidad de la Naturaleza. Laváranse, bañáranse, mudaran sus ropas de continuo, y tuviera ello la eficacia que en balde buscaron en la piedad de la oración.

El odio al agua lo tienen los españoles en la sangre desde que los cristianos vencieron á los árabes. El cristianismo había matado también aquel alegre y sano amor al agua—las fuentes, los baños, las naumaquias—que con los romanos nos había traído el paganismo, la religión del arte y de la vida. No ha menester otra cosa nuestra raza sino que se fomenta esa aversión, que es una de tantas herencias pía-dosas que tenemos que agradecer á nuestros benditísimos y gloriosos antepasados.

PEDRO DE RÉPIDE

El franciscano José María Paisal ha dicho en una apología de los frailes:

«No deis oídos á los delirios de hombres ambiciosos, amigos teóricos del pueblo, pero verdaderos burgueses de blondas, encajes, coches y lacayos.»

Buena estocada á los obispos, que son los únicos ataviados en esa forma.  
Choca, José María.

## El lamento del cura

(SONETO)

Ahogué la juventud noble y lozana  
en la sombra medrosa de un convento  
y atrofé la unidad y pensamiento  
obediendo siempre á una campana.  
Vestí la fatídica sotana,  
mis vicios oculté con fingimiento,  
hablé á las gentes de eterno tormento  
y fui verdugo de la dicha humana.  
Hoy, al más negro mi delito igualo,  
es grande como el mar mi desventura  
y hondo suspiro de mi pecho exhalo.  
¡Mundo y gloria me niegan su ventura!  
¡La gloria, la he perdido por ser malo!  
¡El mundo, lo he perdido por ser cural!

P. C.

## ANDANDO POR MADRID

Los estudiantes.

Primero de Junio. Fecha triste para los desaplicados. Alegre y de esperanza para los trabajadores. Todos, por distintas causas y razones, temen; los primeros, las calabazas; los segundos, no llegar á la nota que desean. Temen igualmente los padres, por la continuación del gasto y el sacrificio que representa dar carrera á un hijo. Y padres, hijos, familias, trabajan estos últimos días del curso para obtener el resultado apetecido. No hablemos de los que se preparan para oposiciones; el número limitado de plazas y el limitado de pretendientes producen, no ya temor, desaliento, pánico... ¡El risueño porvenir del destino conseguido, trocado en las negruras de la falta de ocupación!

¡Cuánta actividad! ¡Cuánta energía! ¡Cuánto trabajo! El esfuerzo individual, inmenso; el resultado colectivo ó práctico, casi nulo. ¿Por qué? Leed los programas de cualquier carrera ó del bachillerato. Mucha ciencia, mucha teoría, mucha prosa; y de la parte práctica de la carrera, un átomo.

¿Qué inconveniente habría en que se dividiesen las carreras, en una que podríamos llamar doctrinal ó de ciencia pura, y en otra práctica? Muy interesante es que la ciencia aqilate: pero cuando llega á un resultado ó á muchos. ¿Por qué imponer á todos el camino seguido por el inventor? Si todos hubiesen estudiado lo que Edison, ¿se hubiera llegado á perfeccionar sus inventos hasta el punto que ya hoy se piensa seriamente en la transmisión de fuerza eléctrica sin hilos?

El que viaja en ferrocarril, necesita saber cómo se llegó desde la primera locomotora de Staphetson á las Compadron de 200 toneladas? En manera alguna. Y consecuentemente con esto, y no teniendo que pensar más que en lo que ve y toca, se le ocurre variar un asiento, una luz ó un enganche, y se llega á los trenes articulados de una sola pieza con dormitorios, restaura-

rant, lavabos, baños, servicio telegráfico y telefónico internacional.

Cansados de tanta ciencia, salen nuestros estudiantes ahitos de ella y desconociendo en absoluto la práctica de la profesión; de ahí que en los primeros años sólo se ocupen de la adaptación al medio ambiente; y cuando llevan diez ó más años de ejercicio, y cuarenta ó más de vida empiezan las investigaciones, que suele terminar prematuramente una muerte, siempre inesperada. ¿Cuánto hubiera progresado una ciencia si un sabio hubiese vivido diez años más? Y esto sería fácil, si se le quitaran los diez primeros que inútilmente trabajó.

Podrá ser un procedimiento para el que tiene que andar una legua llevar unas buenas botas; pero seguramente si sale otro descalzo, cuando llegue el primero habrá el segundo recorrido dos. Tal vez se haya dado algún pinchazo en los pies; pero si el de las botas tropieza, se romperá la cabeza. Enseñar á los muchachos en el bachillerato historia, física, química, agricultura, latín, etcétera, y no á redactar una carta, escribir con limpieza un estado, poner una instancia, un telegrama ó un telefonema, saber los medios de comunicación y precios, lo que valen las horas de trabajo en los distintos oficios, profesiones y empleos, es sencillamente echarlos al mundo á que un mal amigo ó un mal consejo hagan de un hombre útil un holgazán.

Recuerdo á este respecto que, siendo yo niño, iba con un tío mío por la calle de Alcalá, y me iba enseñando cómo quitaban los relojes los tomadores (á él le habían quitado uno), y cómo hacen saltar la anilla con sólo dos dedos. En esta operación pasó un ratero y le dijo: «Eso es; enseñe usted al chico á que no se deje robar, y se acabó el oficio de tomador.»

La gente ordinaria, el vulgo, tiene más sentido práctico que los que á sí mismos se llaman intelectuales. ¿Quieren que un chico sea cerrajero? Pues lo primero es mandarle á un taller de cerrajería; y cuando ven que le gusta el oficio, le envían á una escuela de Artes y Oficios; allí adquiere algo (poco desgraciadamente) de práctica teórica, ó de teoría práctica; y así vemos después maestros de oficios más entendidos en su especialidad que el hombre de carrera que lleva quince años de estudios.

Decía Victor Hugo del libro impreso, comparándolo con la Arquitectura: «Esto matará aquello.» Y decimos nosotros viendo lo que en Madrid ocurre: «Los prácticos matarán á los teóricos.»

¿Cuántos abogados hay sin pleitos, y cuántos picapleitos sin título viven de la práctica de la abogacía? ¿Cuántos facultativos de carrera científica se enriquecen con su trabajo, y cuántos maestros sin carrera llegan á hacer un capital que aquellos no hacen?

¿Es práctica y finalidad de la vida conservarla y crear una familia? Pues es preciso ganar dinero; cuanto más se gane, se estará mejor. Educad á los pequeños, enseñándoles después cómo se convierte el trabajo y la actividad en dinero, y veréis un progreso rápido. ¿A cuántos huérfanos he oído decir: «Yo sólo sabía comer, divertirme y dormir. A vivir he tenido que aprender con peligro de morir de hambre.»

Padres, tutores, maestros; enseñad lo primero cómo se puede vivir; el niño ó el joven aprenderá después lo demás. Suponed que el carro de vuestra existencia puede quedar persiguiendo un ideal científico parado en cualquier momento; no atraveséis arenas desérticas por atajar, que vuestros conducidos pueden perecer de hambre; es preferible algún rodeo por tierras hospitalarias; que aquellos mismos que dejasteis en el carro con vida y juventud, construirán un aeroplano, desconocido hoy de vosotros, que les permita atravesar el desierto llegando á la ciencia en un rápido vuelo.

JUAN PÉREZ

## SEQUIA NEGRA

Estoy en la capital de mi provincia vieja y paralizada, y vóime á pasar unos días alegres al pueblo donde pasé los primeros años de mi niñez. Viene á buscarme Manuel, viejo criado de tío Juan. Partimos caballeros en dos grandes y huesudas mulas. A uno y otro lado del camino que conduce al pueblo, voy observando la tristeza de estos campos, reflejada y aumentada en el rostro de los labradores que veo pasar.

—No ha llovido casi nada en todo el año—dice mi viejo acompañante;—mire usted, yo no sé qué tiempos son estos; endenantes llovía más, lo bastante pa que cogiéramos buena cosecha; pero ahora too ha cambiado, no se recoge ni pa la renta; y luego la contribución, los consumos y otras gabelas... Y es porque nos hemos vuelto malos; sí, señor, porque no tenemos fe (Dios me asista), por que no creemos ya...

—Calla, Francisco, calla—le interrumpo cortando el discurso que le enjaretan á uno todos los viejos de por acá de la misma manera—no es esa la causa; hombre, no...

—Bueno, eso usted lo sabrá que ha estudiado, pero el caso es que no llueve como endenantes y que si no sacamos al santo, que me parece que es mañana, hay sequía pa rato; ¿ve usted aquello de los «barrales y del Camino hondo» que dende aquí se divisa, que está todo de cebáa? Pues está va resecaida



y enzurrónada; como que el tío Miguel ya na llevao los bueyes pa que la pasten; como que algunos, como no sea el milagro mu grande, ya no les alcanza.

—¿Y cómo no lo sacaron hace un mes, puesto que hacía ya falta el agua?

—Toma; por... porque no se veía la necesidad.

Hemos llegado al pueblo, y conforme lo atravesamos para llegar a casa de tío Juan, Francisco me va explicando por qué están cerriando las tantas casas, donde están sus amos, las veces que han escrito, el poco dinero que mandan, tanto como decían que ganaban cuando escribían las primeras veces. Hasta Andrés—me dice—aquel amigo suyo que cogió los hábitos, según dicen, por usted, se marchó al Brasil; pero nadie sabe de su paradero; cuentan que se metió muy adentro y le mataron los negros. (Yo sonrío, porque sé bien dónde está.)

Llegamos por fin a casa de tío Juan, que me recibe con los brazos llenos de alegría, pero no me parece el mismo; aquel alegre y bonachón ahora está triste y muy delgado; tía Paula, su segunda mujer, me mira de reojo y sonrío a mis preguntas con sonrisa falsa.

Mientras prepara la cena la tía nos quedamos solos en el comedor; me cuenta los disgustos que tiene con su nueva mujer, y me dice que es muy beata y más mala que la grama.

Nos ponemos a cenar y la tía saca en seguida la cuestión del día siguiente.

—Mira—le dice—mañana sacarás el santo y mandarás por la primer anda más que ninguno; y, sobre todo, que no te la quite tu primo Roque; ya sabrás que no me puede ver.

—Pero mujer, ¿con que después que cargo con él, todavía quieres que dé trigo encima, que es precisamente lo que pedimos? Y luego, ya sabes cómo andamos.

—Calla, recomendao—grita furiosa—¿cuándo querrás dejar esos respingos que te quedan de antes? Hasta que no te los arranque de cuajo...

A todo esto tío Juan me larga cada minuto el jarro de vino, con objeto de que me alegre y cambie la conversación.

—Anda, bebe otra pinta y cuéntame qué te haces por la ciudad; me da gusto cuando me dices tus cosas; sobre todo cuando hablas serio y me dices aquellas verdades tan grandes: «Sí, vosotros tenéis la culpa, porque no sabéis sobreponeros, porque no os rebeláis; vosotros, que debierais ser los más consideraos, puesto que sois el sostén de la sociedad», etc. Anda, Pepe, habla.

Viendo las miradas que le lanza tía y que parece querer resucitar la cuestión, intervengo para hablar de todo lo que pasa en la ciudad, de por qué no protesta toda la comarca para pedir al gobierno la canalización del río, tan cerca como lo tienen, y así no esperar el agua de milagro, y de otras muchas cosas que, si a tío le gustan, a la tía deben hacerle malicia la gracia a juzgar por la cara que pone. Pido permiso para acostarme, y al marchar me dice tío al oído: «Tú serás mi heredero; tú lo sabrás gastar en algo bueno.» La tía, que debió oír algo, nos echa una mirada no muy católica.

—Arriba, que van a tocar las primeras—me dice la tía desde la puerta de la sala.

Salto de la cama y me arreglo en seguida. Ya me están esperando para almorzar, cosa que hacemos muy deprisa, porque se acerca la hora. Al salir miro arriba: el cielo raso, ni una nube de esperanza. A la puerta han hecho un arco de ramas de álamo adornado con colchas, espejos y otros cachivaches. Según vamos calle adelante para ir a la iglesia, veo pasar las mujeres con la cabeza baja cubierta con la mantilla de rador, una o dos velas y el rosario; los hombres con sus largas capas, en grupos, habiendo del tiempo, de este tiempo tan hermoso que a ellos los arruina; alguno mira arriba, no con ojos de buscar una nube, sino de buscar «algo» que no ve, y no precisamente para bendecirle; ¡pobres imbéciles!

Hemos oído misa y se ha sacado el santo al portal de fuera; a su lado el cura, el sacristán y los mayordomos; abajo, en la plaza, todo el pueblo.

—Se va a proceder a subastar las andas—dice el cura—para llevar al santo; se le adjudicará al mejor postor.

—¿Cuánto dan por una de delante!—dice el sacristán.

—Cincuenta cuartillos—dice un guasón desde atrás—60... 70... 90...

—Cuatro ochavas y media—se oye al tío Roque, que está frente a nosotros. (tía Paula le da con el codo al tío.)

—Cinco y media—dice tío Juan, no sin mirarme.

—Seis del otro lado, siete y media del nuestro. (En estos momentos está cayendo un chaparrón para el cura, que da gusto.)

—Ocho—dice el tío Roque.

Tío Juan está medio asustado; yo le he tirado de la capa y me ha comprendido; no manda más. La tía se desespera, porque el sacristán ya dice: ¡a las tres! y se va a quedar sin la primer anda; y luego, ¡quién la llevaa!

—Ocho y media por el tío Juan—se oye gritar con coraje a tía Paula, y echándonos una mirada feroz.

El tío Roque se ha retirado, y el cura que lo ve, dice el «buen provecho le haga». «Y tan bueno», dice tío por lo bajo.

Se procede de la misma manera con las otras, y en todas hay lucha. Hay que ver la diferencia que existe entre la cara del cura y la de los feligreses; aquél, radiante de satisfacción, procede a ordenar la procesión, alineando a los corderos; se pone en marcha entre los cánticos y los rezos; se oyen muchas voces de «¡agua, santo patrón!», pero él no parece conmoverse; aguarda a que siga la broma otros días. Sigo al tío Juan, que va renegando de la hora que se casó, y por un momento temo que deje caer al santo; lo contengo y le animo para que siga. ¡Pobre de él si eso hiciera entre estos fanáticos bárbaros! Damos la vuelta al pueblo, y entra otra vez el santo en la iglesia. Por la noche, novena, rosario, cánticos por las mozas del pueblo, pidiendo agua. Y así los cuatro días que estoy aquí, marchándome asqueado al ver el final trágico. El agente ejecutivo de consumos se ha presentado anunciándose con el ¡tan, tan!... repetido muchas veces, de una sola campana. Ahora son las carreras a la casa del 25 por 100. Pero ¡viva la Pepa!, todavía hay trigo para el cura, para esta ave negra que sabe sacar dinero de la miseria, del sudor de esta gente inculta y fanática.

He pasado la noche en la ciudad. Al levantarme leo en los periódicos que la lluvia ha sido casi general en la provincia; puede que en mi pueblo ya haya llovido y sigan creyendo que se lo deben al santo

JOSÉ H. MENA

## Nichi-Nichi

En el Japón hay un *Panamá*... La Compañía de azúcares repartió 120.000 yens entre los diputados y los pares que se comprometieron a trabajar parlamentariamente, como en Europa, en favor del *trust* azucarero.

Y el que más se ha distinguido trabajando «parlamentariamente», y cobrando su parte, es Nichi-Nichi Shimbun, convertido hace poco a la religión católica.

El Sr. Nichi-Nichi Shimbun es un nipón aprovechadísimo y muy experto en conversiones; se convirtió de adorador del Sol en católico, ha convertido el dinero ajeno en propio, y el Parlamento en una sucursal de la «Casa Holgona».

Nichi-Nichi Shimbun es de esos que tenemos muchos aquí; pero libres... En el Japón los meten en la cárcel.

## Un cura carlista

### EPITAFIO

«Cayó combatiendo fiero en la lucha fratricida, con una terrible herida hecha por tiro certero; y en el suspiro postrero, presa de un ansia mortal, viendo en sangre liberal anublarse la luz, orando besó una cruz... y fué la cruz del puñal.»

## Leyenda noruega

—Este árbol estorba—dice el gañán;—hay que cortarlo.

—¿Tiene una copa tan hermosa!—responde el propietario.

—Y el tronco carcomido.

—A su sombra descansaron mis padres y mis abuelos; simboliza las tradiciones seculares de mi familia.

—Se caerá solo.

—Además, al cortarlo podría caer sobre la casa y destrozar la pajarera y desconchar la fachada.

—Se caerá de todos modos.

—Quedará aquí un hueco muy feo. Todas las fincas tienen un árbol centenario, como todas las naciones tienen ejército y marina y clero...

El gañán se aleja refunfuñando.

La frondosa copa se agita movida por el viento. Las hojas castañetean como si las hiciera temblar frío de muerte.

El tronco cruje y se parte.

¡El árbol cae y destroza el palomar, derumba la casa y mata al dueño!

## LA CONFESION

### Memorias íntimas.

Fuí a confesarme cuando contaba apenas diez años. No sabía qué era pecado, ni lo que podía constituir quebrantamiento de las tablas de Moisés. El maestro me preparó para el acto.

Dijéronme en la escuela que debía declarar todos los delitos, todas las immoralida-

des de que me acusara la conciencia. Y francamente, no lo entendí.

No sé si en aquella edad había ofendido yo a los hombres y a Dios; pero sí sé (ahora que entiendo lo que es no ser honrado) que entonces no podía declararme responsable de ningún acto punible.

Para aleccionarme, el maestro me dijo: «¿En vez de ir a misa un domingo, te has ido a jugar?» palabras textuales. Y como yo, por la educación recibida en mi casa, por mi carácter y hasta por mi temperamento no podía echarme en cara sino el quebranto del tercero de los mandamientos, esto confesé en el tribunal de la penitencia.

El cura, al oír que no había asistido la fiesta anterior al sacrificio de la misa, gritó teatralmente:—¡Abrete tierra, y trágalo en tu abismo!

Y yo, ignorante, temí que se abrieran las baldosas del templo bajo mis pies, porque la torpe y fanática enseñanza del maestro, consentida y tolerada por mis padres, me había acostumbrado a creer que la palabra del sacerdote es oída por Dios.

Si el maestro, cumpliendo con su deber, me hubiera enseñado que era imposible trastornar las leyes de la Naturaleza, y, por tanto, que no podía la palabra del cura hacer otra cosa que infundir miedo en mi ánimo, me habría reído de su estúpida conminación.

Pero no fué así: los maestros de España, generalmente, no enseñan siquiera a sus discípulos lo más elemental de lo que les importa aprender, aunque no descuidan el avermarcar cada hora que suena, y el rosario los sábados; y yo ignoraba, como ignoran todos los que a cierta edad concurren a la escuela, que no se traga la tierra a las gentes sino en las terribles catástrofes geológicas, determinadas por fenómenos volcánicos, ajenos a toda religión.

El miedo, pues, estuvo a la altura de mi ignorancia. Por esto oír al cura, sentirme presa de un pánico horrible, y echar a correr, fué todo uno. Se me figuraba que si, que la tierra se abriría, que me tragaría el abismo.

Llegué desfallecido a casa; mi padre se asustó y llamó al médico, y éste declaró que, gracias a mi robusta constitución, no caería en una de esas terribles convulsiones cerebrales que conducen a la muerte o a la locura.

Niño como era, me negué rotundamente, una vez curado, a entrar en las iglesias. No he vuelto a confesar jamás.

Luego, pensando en este episodio ridículo, he adquirido la convicción de que la torpeza de un cura evitó mi caída en el fanatismo y ayudó a redimirme del pecado de la ignorancia, verdadero y único pecado original.

P. F.

## Pérdida

El párroco del Fresno, deseando echar una cana al aire con el sueldo que le pasa el Estado, abandona la parroquia sin decir adónde va, por lo cual ha sido anunciado dos veces en el *Boletín Eclesiástico* de la diócesis como cualquier perro canelo.

Al que lo encuentre y lo presente se le gratificará con esplendidez; y si lo trae en compañía de alguna buena moza, se le duplicará el hallazgo.

NOTA. Este puede hacerse efectivo en la redacción de EL MOTIN. Los feligreses del cura no dan un perro chico por él. Les va tan ricamente cuando se les marcha.

Una monja destacada en Medina del Campo padecía del corazón. Pidióle a Santa Rita que la curase, y dicho y hecho.

Milagro de poco fuste: está al alcance de cualquier quinto. ¡Sin corazones que se curan todos los domingos en la Fuente de la Teja al son de la flauta y el tamboril o un piano de manubrio!

## EJEMPLARIDAD CRISTIANA

Se da como cierta la siguiente noticia:

Llegó a un poblado de Méjico una compañía de cómicos ambulantes y representó el drama titulado *Muerte y Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*.

Al llegar a la escena más culminante, quiso el público fanático que la crucifixión se hiciera de verdad; y como los actores se resistían a dar muerte a su compañero (el que hacía de Jesús), una turba de zulus invadió el escenario con revólvers y rifles, y consumó el martirio en la forma que refieren los *Evangelios*. De modo que clavaron, acuchillaron al pobre hombre, y le dieron a beber en su agonía una esponja empapada de vinagre.

Al cabo de diez y nueve siglos se reproduce la antigua brutalidad. No cabe duda: Dios vino a redimirnos y a regenerarnos; ahí está la prueba, en el caso de Méjico.

## La eterna víctima

¡Vedle! Entre nubes de incienso se destaca su efígie, su símbolo ó su real existencia martirizada. Los resplandores de centenares de luces adornan su templo; ricos metales y piedras preciosas lo circundan; un río de oro viene a desembocar en las arcas donde se contienen tesoros. Millares de creyentes depositan en manos de los que se llaman ministros de ese pobre Ser Supremo sus oraciones para que sean transmitidas hasta su trono. ¿He dicho pobre Ser Supremo? Dicho queda. Lo escrito, escrito está. Pobre, tan pobre, que con ser el dueño del Universo ha vivido, vive y vivirá de limosna.

Dicen que es el creador de nuestra libertad, pero él no es libre; es el eterno esclavo del sacerdote. Reunido con vuestra imaginación a los pontífices de todas las religiones positivas como lo hiciera el autor de *Las Ruinas de Palmira* y preguntadles: ¿Quién es Dios? Ante vuestros ojos admirados y a la par aturridos, veréis pasar evocadas por la palabrería sacerdotal animales, plantas, monstruosas reminiscencias de la forma humana, los astros, el fuego, el simbolismo de las pasiones, hasta llegar a la hipocresía católica, la cual, con semblante de extático profeta, os hablará del Dios espiritual y grande; del Señor infinitamente bueno, sabio, justo, poderoso, principio y fin de todas las cosas; del Dios desconocido, del Dios misterioso; del Dios de los cristianos.

Es infinitamente bueno, y, sin embargo, castiga eternamente el delito de... no haber sido predestinado por él, sin que valga una vida llena de virtudes y erizada de sacrificios ante la reprobación divina; reprobación eterna, arbitraria, hija del decreto absolutario de ese Dios infinitamente bueno. Esto no se predica, pero se enseña en las aulas teológicas, indicando al mismo tiempo los profesores y los autores eclesiásticos la no conveniencia de predicar sobre estas cuestiones.

Un Señor, infinitamente justo, que condena eternamente a las llamas del infierno al honrado trabajador padre de familia, amante de su prójimo y bienhechor, del que era más pobre que él, por el horrendo delito de no creer que los frailes y monseñores sean los depositarios de la revelación divina, en tanto que lleva eternamente al cielo al más redomado pillo cuando en el último instante de su vida se confiesa y recibe la absolución, prometiendo la enmienda, aunque ese arrepentimiento no sea sino por miedo a las penas del infierno.

Un Señor infinitamente sabio que a cada momento (testigo la Biblia) está arrepintiéndose de haber creado al hombre, y declarando haberse equivocado...

¡Oh tú, a quien no quiero llamar Dios, nombre el más manoseado, prostituido y calumniado de todos los nombres; tú, quien quiera que seas, alma del universo, causa de todas las causas, generador de todas las generaciones, principio evolutivo de lo visible y de lo invisible; si eres consciente, si existe en ti una voluntad soberana y es infinita tu justicia, no temo tus enojos cuando, al maldecir de lo profundo de mi alma a los que te mixtifican, me veo precisado a despreciar al Dios-mercancía que enriquece con su venta y reventa a la sacerdotal caterva!

¡Dios, verdadero Dios! Si existes, eres la eterna víctima, el eterno calumniado del sacerdote. Ellos te pusieron en caricatura y nos obligaron a dudar de ti. Nuestra duda debe ser, si la conoces, mil veces más grata a tus oídos que las monótonas oraciones de tus mixtificadores mercachifles sacerdotes.

LUIS DE ARCOS  
(Expadre Gonzalo)

La Estrella del Norte.

## Bibliografía

La Novela de un Maestro, por Edmundo De Amicia, publicada por la Casa Maucci.

Entre todas las obras excelentes debidas a la pluma del gran escritor italiano, *La Novela de un Maestro* es la mejor sin duda por el estudio analítico que a cada instante se revela por medio de atinadas ó profundas reflexiones; por la verdad del asunto; por ser reflejo fiel de las escenas que ocurren en la vida y cuyo sentido no todos saben desentrañar sino los elegidos. El calvario del maestro rural batallando contra a caldes y secretarios y sometido a la ley de todos los vecinos, está descrito de un modo inimitable. El estilo, como en todas las obras del ilustre turinés, es fácil, ameno, admirable. Y argumento y estilo hacen que la obra sea con gusto y se recuerde con placer.



## SECCIÓN AMENA

## Un milagro frustrado

—¡Ya va brotando, señor mío, y no mal del todo! Así decía con socarrona sonrisa el boticario Presle al cura Blandard, poniendo en el «señor mío» cierta cortesía irónica.

El cura movía la cabeza con cierto aire de exagerada resignación murmurando:

—Si es voluntad de Dios, la yerba no crecerá más.

—Lo veremos, señor mío; lo veremos.

Y Presle escapó corriendo hacia la botica por haber visto entrar en ella a la criada del alcalde, una morenita alegre y vivaracha, a la que el mancebo hacía fiestas demasiado expresivas.

Cuanto al cura, libre ya de su antagonista, se inclinó sobre el ángulo de tierra dura y gris que formaba la confluencia de los dos caminos, y lo que observó le hizo fruncir el ceño. —¡Es verdad que brota!

Y con paso pesado y aire absorto se encaminó a la parroquia, olvidándose hasta de hacer que lea su breviario no obstante sonar el *Angelus* en aquel momento.

El ángulo de terreno que el P. Blandard acababa de contemplar con tan angustiosa atención, tenía su historia.

Antaño, en los siglos oscuros, allí se ejecutaban las feroces sentencias que encontraban justas la Iglesia y el siglo.

Allí habían estado expuestos miembros de personas; allí se había azotado y enroscado; allí, sacando un palmo de lengua, habían pateado suspendidos del pescuezo deudores insolventes, herejes y hasta maridos de mujeres demasiado lindas; allí se habían cortado manos, orejas, lenguas, cabezas; allí habían ardido los braseros para el plomo derretido, y las hogueras para la carne humana; allí, durante mucho tiempo, una horca monumental había extendido sus largos brazos cargados de cadáveres. Y como es de razón y de justicia, por el bienhechor influjo del abono humano había crecido una yerba más verde, más alta, más espesa, más lozana que en los contornos.

Pero cierto día, en un ataque de locura sádica el señor de la comarca entonces, el alto y poderoso barón Eginardo, después de una formidable borrachera en que los alegres vinos de España corrieron a torrentes, para proporcionar una galante distracción a su noble esposa la alta y poderosa señora Cristabella y a su hermosa querida la opulenta Violante, hizo que fuera conducido a aquel sitio un santo eremita, y que, desnudo como un gusano, sus hombres le aplicaran una larga y vigorosa y concienzuda flagelación con manojos de ortigas.

Bajo las miradas harto curiosas de las nobles, bellas y honestas damas, el eremita supo conducirse con una decencia que admiró a la muchedumbre, aterrada por el sacrilegio. Cuando concluyó la azotina el santo varón se contentó con extender solemnemente los brazos murmurando con voz nada

perceptible unas palabras que a todos les pareció una maldición.

Aquella misma noche enfermó al alto y poderoso barón y murió entre baseas y vomitonas. Su honesta esposa la noble Cristabella se encerró en un convento. Y la hermosa Violante, arrojada del lugar, tuvo que refugiarse en una villa. Y el ángulo de tierra se hizo estéril. La yerba se marchitó, murió y jamás volvió a renacer.

El eremita, que se llamaba Arbogasto, fue canonizado; el lugar en que soportó la flagelación recibió el nombre de Prado Maldito, y este milagro fue conocido con el nombre de Milagro del Prado Maldito.

Y de todas estas cosas y sucesos resultó una grande edificación en los fieles del lugar.

Pero llegan los tiempos presentes, tiempos de impiedad, y unos cuantos malas cabezas del lugar organizan una sociedad de librepensadores y nombran presidente al boticario. Y mientras el cura desde lo alto de la cátedra del Espíritu Santo recordaba a sus feligreses el estupendo milagro de San Arbogasto, el boticario Presle, el excomulgado, en su silla del café de la Aurora, frente a la misma iglesia, anunciaba a los admirados librepensadores la próxima fertilización del Prado Maldito.

Lo supo el cura y le creyó capaz de todo, incluso de sembrar yerba en el ángulo milagroso; y aunque tenía bastante confianza en el santo, llegó a tener cierto temor y se dedicó a vigilar cuidadosamente al boticario sin que lograra sorprenderle en ninguna operación dolosa.

Y lo peor es que al llegar la primavera asomaban algunos tallos de color verde pálido por entre los pedruzcos de aquel estéril suelo, y aunque se cuidó a hurtadillas de irlos arrancando, nacían otros y otros.

El librepensamiento del café de la Aurora triunfaba, y no obstante el celo del padre Blandard, todo el mundo notaba los progresos de la «yerba infame». La población entera se conmovió, y las viejas y bigotudas feligresas, cuando pasaban por el Prado Maldito, volvían la cabeza y se santiguaban.

Cierta domingo, al subir al púlpito, el padre Blandard tenía un aire a la vez misterioso y triunfador. Predicó un admirable sermón que terminó con las siguientes palabras—palabras que causaron verdadera emoción en el auditorio:—«No; el milagro sigue íntegro, intangible; y jamás, jamás nada ni nadie podrá hacer fértil al Prado Maldito, maldito por ruego de San Arbogasto y por la voluntad del Todopoderoso».

En efecto, desde el día anterior la yerba que crecía lozana como en las edades desaparecidas, moría marchita.

El café de la Aurora estaba consternado y en algunos espíritus no muy firmes comenzaba a prender la duda.

El boticario andaba pensativo, no porque

creyera en el milagro, sino por no explicarse satisfactoriamente la causa de aquel fenómeno.

Y una noche se decidió a vigilar y quedó descubierto el misterio.

Las doce daban cuando en el Prado Maldito apareció el cura con la sotana remanada, marchando a zancadas y empuñando enorme regadera, con la que, rápidamente, comenzó a rociar el ángulo de tierra.

De pronto surgió ante él una sombra. Lanzó un grito de espanto por creerse en presencia del espíritu maligno, y con todo tuvo bastante presencia de ánimo para hacer la señal de la cruz y pronunciar la tremenda fórmula: *Vade retro, Satanás*. Y Satanás salió de estampía llevándose la regadera.

Cuando llegó a su casa, Presle analizó el contenido de ella y encontró que era una mezcla de vitriolo, aceite mineral y algunos otros ingredientes no menos corrosivos, una mezcla inventada por Blandard para ayudar la milagrosa acción de San Arbogasto.

El cura tuvo que declararse vencido, y como San Arbogasto no tuvo en adelante quien echara una mano al milagro, el Prado Maldito dejó de ser estéril y el café de la Aurora triunfó.

F. DE SPENGLER

## Cuento

Para milagro de Lourdes de los que a la gente asombran y hacen prorrumpir en cánticos de gratitud y de gloria, prepararon a un tunante, que fingió una pata coja mediante cuatro pesetas, que mientras duró la broma una eclesiástica junta satisfizo presurosa.

Llegó el día del milagro, día de solemne pompa en la gruta y la basílica cuya amplitud era poca para contener las gentes que de cien pueblos de Europa acudían a la Virgen, como blancas mariposas acuden al resplandor de la luz que las trastorna.

La piscina que formaron las imperceptibles gotas que vió brotar Bernardetta de la piedra milagrosa; la piscina do se curan las enfermedades todas con que un padre amorosísimo a la humanidad agobia; la que da luz a los ciegos, cierra las llagas hediondas, hace andar a los tullidos y a los éticos engorda, se miraba rodeada de una muchedumbre ansiosa de contemplar un milagro,

cuando con su pata coja se presentó nuestro héroe en actitud tan devota, tan confiado en la Virgen y en su virtud prodigiosa, que cuantos allí se hallaban vieron llegada la hora de un estupendo prodigio que de Lourdes fuese gloria. Entró el cojo en la piscina, y apenas las turbias ondas tocaron la pierna enferma ya se estiró presurosa, y el hombre salió bailando entre aclamaciones locas de entusiasmo religioso y de piedad religiosa. Mas tanto y tanto bailó, que escurriéndose en las losas cayó y se rompió una pierna, pero de veras, no en broma. «¡A la piscina!» gritaba la muchedumbre devota, y el infeliz repetía presa de febril zozobra: «¡Al hospital cuanto antes, á que la pierna compongan! Para bromas la piscina, ¡pero éstas ya no son bromas!»

G. B. DE S.

Disfrazado de persona fbase un párroco por los alrededores de su pueblo, y en ellos se encontró a una rolliza y hermosa aldeana.

No ocurriéndosele otro pretexto para entablar conversación con ella, tentó el cuello de la camisa y la preguntó:

—Oye, chica: ¿a cómo te ha costado la vara de este lienzo?

—A peseta—contestó cándidamente la joven.

—¡Tonta, más que tonta!—dijola enseñando parte de su camisa.—¿Ves esta tela? Pues no me ha costado más que á treinta cuartos

Un cura administraba los sacramentos a un cabrero enfermo que, en los accesos de fiebre, exclamaba acordándose del rebaño:—¡La cabra, el borrego!

El párroco, que deseaba abreviar la ceremonia, le dijo:

—Aquí no hay cabra ni borrego; el verdadero borrego es éste.—Y le presentaba un crucifijo.

Llevaban á ahorcar á un reo, y el asno en que montaba iba muy despacio.

Entretanto el cura que le acompañaba ponderábale las bienandanzas que iba á disfrutar en el cielo, y queriendo animarle, decía jovialmente:—Ánimo, hijo; esta noche estarás en la gloria, como quien dice, cenando con los ángeles.

—No lo crea usted, padre—le respondió.—Al paso que va este burro, cuando llegue ya se han comido el almuerzo de mañana.

(FOLLETÓN 21.)

## LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

FOR  
OFFENBACH

tacto y fuerte, sino rígido, esto es cosa que no creemos que le quepa en la cabeza á nadie; es cosa en que no cabe ni aquello de «si es broma, puede pasar», porque sería demasiado triste y cruel para que pasase.

## CAPÍTULO XI

DE LAS BROMAS QUE EL NUEVO CHAMBELÁN DE CUBA DIÓ Á TIROS Y TROYANOS

La antigüedad clásica no da de sí más que dos bandos ó términos opuestos, y por esto nos hemos ceñido retóricamente á ellos en el título del capítulo presente; pero el lector deberá tener entendido que las distintas partes ó gentes embromadas por el gran chambelán de quien se trata no fueron dos sino tres: los cubanos, los españoles y los yankees.

Por el pronto, según hemos indicado en el capítulo anterior, lo primero que hizo el nuevo capitán general (los grandes chambelanes de las Colonias eran las dos cosas: gobernadores generales y generales en jefe), fué otorgar un plazo á los rebeldes para que pudieran someterse y presentarse; y como en vista de que el teatro de la insurrección era una isla extensísima, de más de 200 leguas de longitud y de escasas y difíciles co-

municaciones, el plazo tenía que ser amplio, el otorgado fué nada menos que de veinte días! ¡casi tres semanas! Pero transcurrió sin que ninguno de aquellos ingratos hubiese utilizado tanta magnanimidad y tan soberbia ocasión, y entonces el general implantó el sistema que traía ya bien estudiado de antes: dividir la isla en zonas y subzonas, poniendo en cada una de éstas una columna encargada de perseguir á los rebeldes dentro de ella y de entregarlos y dejarlos al cuidado de la que operase en la subzona inmediata en que llegaran á meterse. Los rebeldes, sin embargo, no aceptaron esta combinación, y el gran chambelán se apresuró á desistir de ella, pasando á tomar otra resolución: la de pacificar la Colonia por distritos, para lo cual, aprovechando la circunstancia de que los dos principales jefes insurrectos, Gómez y Maceo, habían retrocedido al de la Habana después de haber llegado al de Pinar del Río situado al extremo occidental de la isla, se fué al telégrafo y puso á los señores del reino este despacho: «El distrito de Pinar del Río está pacificado.» Nunca lo hubiera dicho. Apenas supo esto Maceo, corrió otra vez al pacificado distrito y acabó de levantarlo en masa poniéndolo todo en insurrección de punta á punta; con lo cual el gran chambelán, no sabiendo qué partido tomar y no pudiendo tomar ni una partida, pero comprendiendo que la isla toda en una pieza le venía muy ancha, se determinó á dividirla en unas cuantas porciones más á su medida por medio de paredes, tabiques ó vallas, llamadas trochas, que corrieran de una costa á otra.

Tan pronto como se hubo levantado

la primera valla, la que dividía el distrito de Pinar del Río del de la Habana, el gran chambelán se metió en el primero con buen golpe de gente, buscó al jefe insurrecto, y en cuanto dió con él telegrafió al gobernador general, encargado del despacho en la Habana: «Comunique al gobierno de S. M. que tengo cerca de Maceo.» Pero ¡menuda sorpresa la de dicho gobernador cuando al par de este telegrama de Poniente recibe otro de Levante en que un jefe de columna le decía: «Maceo batido y muerto por mi tropa!» Y efectivamente, lo que decía este jefe era verdad. Su fuerza, que se había encontrado con una partida rebelde á la que había hecho varias bajas, halló entre los muertos uno que parecía cabecilla y que al fin resultó ser el propio Maceo.

Este importantísimo suceso tenía, por el momento, que desanimar á los cubanos y á sus amigos de los Estados Unidos. Se hacía, pues, necesario aprovechar rápidamente la ocasión, ó para cambiar de política, que habría sido lo mejor, ó para hacer un esfuerzo supremo, que tal vez no haría falta que fuese tan efectivo como aparatoso, activando en toda forma las operaciones. Pero en dar vivas á España, regocijarse por la muerte del temido cabecilla, averiguar por dónde había pasado la trocha y aclarar á quién correspondía la gloria de aquel palo de ciego afortunado se pasó distraidamente el tiempo, no considerándose indispensable otra cosa sin duda porque, habiéndose efectuado el acontecimiento la víspera de la «Concepción» y hecho público el día mismo de esta fiesta, era evidente, aun para los impíos

que realmente no creían ni en Dios, que la celestial patrona de España había tomado por su cuenta la causa nacional.

Sería el cuento de nunca acabar referir todo lo que hizo y lo que no hizo aquel gran chambelán, al que después de todo habría sido injusto exigirle grandes cosas porque, si bien es cierto que dinero le facilitaron los señores del reino cuanto quiso, lo que es de tropas, entre soldados y voluntarios, apenas llegó á contar con poco más de trescientos mil hombres. Y, sin embargo, como últimamente tenía pedido lo único que le faltaba ya, esto es, tres ó cuatro tiras de muralla de China para vallas, las facultades de la Soberanía Nacional, porque las del Gobierno Supremo ya las tenía todas, que los americanos dejasen de favorecer á los rebeldes y le ayudasen á él, y que el generalísimo insensato le dijese francamente dónde estaba, pues no había podido dar con él, prometiase y siguió siempre prometiendo á los señores del reino y á los españoles todos la próxima pacificación de la Colonia, lo cual nos hace recordar al barón de Munchausen cuando á cada momento esperaba que su medio caballo acabase de beber.

Daba, pues, aquel chambelán bromas á diestro y á siniestro, esto es, á tiros y troyanos, á cubanos y españoles; mas hay que reconocer que pueden perdonarse en vista de las que dió al enemigo común, es decir, á los yankees, los cuales, aunque por entonces y al parecer se mostraban amigos de los cubanos, en realidad han sido, son y serán todavía más enemigos de ellos que de los españoles.



# LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

(CONTINUACION)

Para salvarle la vida piden gracia á Miret el ayuntamiento, la comunidad, comisiones de particulares y de señoras, distinguiéndose uno de los vicarios de la villa por la energía con que abogó por salvar al muchacho.

Todo inútil; lo único que consiguieron de aquel cabecilla (que después ha vestido el honroso uniforme del ejército español), fué que lo fusilase fuera de la población, colocándole sobre el cuerpo un papel que decía: «fusilado por haber llevado un parte contra los carlistas.»

Su infeliz compañero fué fusilado en San Pedro.

Quinta el bandolero Cucala á los voluntarios republicanos que tiene en su poder, fusilando á cuatro.

Es fusilado en San Martín, cerca de Tafalla, un voluntario de la República que marchaba á unirse con una de las columnas.

Fusilan los cabecillas Miret y Masachs á cinco individuos por creer que llevaban partes á las tropas liberales, confesando á tres más para hacer lo mismo con ellos.

Después de la acción de Uldemolins, los carlistas se llevaron preso á un joven de veintidós años que estaba trabajando tranquilamente en el campo, sin otro motivo que el de ser liberal.

Encontraron á otros labradores, y el desdichado, que iba muerto de sed, les pidió por Dios que se la calmasen, á lo que contestaron los carlistas echándole al suelo á empujones, puntapiés y golpes de fusil.

A los dos días recibió el alcalde del citado pueblo un oficio del cabecilla que mandaba aquellos foragidos, anunciándole que había fusilado al joven.

Los carlistas que vagan por las inmediaciones de Reus fusilan á cuantos liberales de la comarca tienen la desgracia de caer en sus manos.

Una partida carlista que entra en Maspujols asesina á puñaladas al vecino Manuel Sansó, teniente que había sido de miqueletes y único liberal que había quedado en el pueblo.

También asesinó inhumanamente á un labrador que trabajaba en el campo cerca de Montbrió.

Dos voluntarios de San Sebastián sorprendidos por los carlistas en las afueras de la población, son sacrificados.

La partida de Tristany fusila á un vecino de Solsona.

El cabecilla Cisco asesina en las cercanías de Castellfot á un carlista que se había acogido á indulto, y manda pegar 25 palos á un pobre anciano, que fallece de sus resultas.

Garmendia (el estudiante de Lezcano) roba en Legazpia 12.000 reales y se lleva los libros del Registro civil.

A los pocos días hace descarrilar el tren de Beasain en el kilómetro 385, deteniendo al anciano maquinista Mr. Drau y al jefe suplente Sr. Echevarría.

Para añadir el escarnio al crimen, á los dos meses envió Lizarraga al Sr. Ugalde á ponerles en libertad; y regresó convencido de que no existían.

Los habían fusilado, después de hacerles presenciar el horrible descarrilamiento de Icazteguieta. Aún no saben sus familias dónde los enterraron.

Hacen descarrilar el tren en el kilómetro 591 cerca del túnel de Icazteguieta, muriendo el maquinista y dos guardafrenos.

Saballs y D.<sup>a</sup> Blanca frente á Puigcerdá: «Vamos á entrar en una población de las más ricas de Cataluña. Dentro hallaréis oro, alhajas y ropa en abundancia. Todo es para vosotros. Defienden la villa cincuenta ó sesenta soldados no más. Los paisanos armados no tienen municiones, y á los primeros tiros se esconderán. La población está temblando, sin ánimo para resistiros. Acometed sin temor y matad é incendiad sin reparo, que nadie os pedirá cuenta. Tesoros y mujeres: todo es vuestro.»

Doña Blanca, que estaba en una casa dis-

tante media hora de Puigcerdá, apenas notó señales de incendio en la población, salió alborozada al portal de la casa diciendo: «Bien por los voluntarios; ánimo, ya entraremos; petróleo y aguarrás.»

¡Qué tía y qué tío!

En Mataró, donde, como en casi todos los puntos entraron por sorpresa los carlistas, prendieron en un café al médico Sr. Ezquerro, al fabricante Sr. Sala y otros vecinos, y en el Ayuntamiento á varias personas, entre ellas al secretario Sr. Simal, y al juez de primera instancia, cazando además á tiros por las calles á voluntarios de la República completamente desarmados, asesinando á dos, é hiriendo gravemente á otros dos.

Y toda esta hazaña la realizaron para que pudiera exigir Saballs 40.000 duros á la población!

Sorprenden las facciones de Cucala, Cercós y cura de Flix, fuertes de 500 hombres, á los voluntarios de Villaplana, que se defienden valerosamente. Los carlistas secuestran á cuatro individuos en un café y á un niño con ellos.

El cafetero Tomás Carre pudo saltar por una ventana, y emprendió una rápida carrera hacia el campo, siendo blanco de las descargas de los carlistas, hasta que una bala le hirió gravemente en un pie, tendiéndole en el suelo.

Echáronse sobre él los defensores de la religión y le destrozaron con furia. El mismo cabecilla Cercós partióle el cuello de un sablazo, y uno de sus satélites le descargó á boca de jarro un trabucazo en el pecho; otros, después de acuchillar el cadáver, lo desnudaron, prendiéndole fuego.

Dos horas hacía que los carlistas se entregaban en Villaplana á los vandálicos actos de costumbre, cuando llegaron 28 voluntarios de Alforja, que habían oído los tiros, y penetrando valerosamente en la población, los desalojaron completamente de ella.

Al huir los asesinos lleváronse los cuatro liberales y el niño que sorprendieron en el café, habiéndose agregado á su partida el miserable que les preparó la entrada por sorpresa, llamado Juan Rabascall (a) *Pigat*, y otros dos más; también se fué con ellos el cura.

Al día siguiente, y sin tener en cuenta que los voluntarios habían puesto en libertad á los rehenes carlistas que cogieron en los primeros momentos de la lucha, fusilaron los facciosos en el pueblo de Albiol á los cuatro infelices que habían secuestrado en Villaplana, á pesar de los ruegos y súplicas que la mayoría de los vecinos hizo á Cucala para que los perdonase, dado que ninguno de ellos había tenido las armas en la mano.

Cuarenta voluntarios de Secuita hacen retroceder á más de 600 de la facción Cucala, Vallés y Cercós; al huir éstos, encuentran á un pobre pastor que regresaba de oír misa y se dirigía á una masía cercana, y por si era vecino de Secuita, lo fusilan y siguen su camino.

El desdichado, que no quedó muerto, aunque una de las balas le atravesó el vientre, fué recogido y trasladado á una casa de campo inmediata, donde falleció en medio de los más atroces sufrimientos.

Cogen los carlistas á un voluntario que se había quedado en una casa de campo cerca de Osor dejando adelantar la columna, en el momento que corría á alcanzarla, y le asesinan, cebándose en él como fieras y colgándole de un árbol después de haber mutilado su cuerpo.

En un encuentro verificado al día siguiente cayó prisionero uno de los asesinos, y los voluntarios le perdonaron la vida.

Las gentes honradas no se parecen en nada á los canallas, ni aun en la guerra.

Son cogidos por una partida carlista los hermanos Arruti, cerca de Rentería, cuando iban á visitar á su madre, y los asesinan, después de maltratarlos cruelmente.

Eran ambos voluntarios móviles, personas ilustradas, muy bien relacionadas, de honradez suma y que habían sufrido muchas persecuciones y atropellos de los gobiernos pasados por la propaganda valiente de la República que hicieron en la prensa.

A la proclamación de la República se les quiso nombrar para importantes puestos,

mas se negaron á aceptarlos, porque su único deseo, decían, era formar como simples individuos en los batallones de voluntarios.

Su muerte causó gran impresión en cuantos los conocían, y arrancó un potente grito de indignación en todo el país.

El capitán de la compañía á que pertenecían los infortunados hermanos, hizo publicar en varios periódicos esta sentida carta:

«A los jefes de las hordas carlistas.—Contra todo sentimiento humanitario, sin tener en cuenta consideración alguna de dignidad, habéis asesinado vil y cobardemente á Dionisio Arruti y Pola, sargento de la tercera compañía de móviles, y á su hermano Nicano; á esos dos hombres que, sorprendidos indefensos por algunos de vuestros bárbaros sicarios, habéis hecho morir, no fusilados, sino á palos y bayonetazos, dándoles un verdadero y horrible martirio.

Todos sois igualmente culpables; todos estáis manchados con la infamia, porque todos habéis autorizado un crimen repugnante y digno de los defensores de la Inquisición.

Los que suponían que había entre vosotros un general Lizárraga, que por haber pertenecido al digno ejército español podía ser á vuestro lado otra cosa que un asesino miserable; los que le juzgaban capaz de hacer algo que no fuera una indigna cobardía, habrán abierto los ojos y lo habrán conocido; sabrán ya que Lizárraga, como Dorregaray, Ollo y Marnanz, no valen más que el salvaje Belcha y el feroz Santa Cruz. Todos iguales, porque todos sois asesinos y porque todos sois cobardes, que en lugar de buscaros frente á frente, matáis á los que por sorpresa y además desarmados habéis cogido; porque no sois capaces de ponerlos á tiro de nuestros fusiles.

Vuestra conducta ha determinado la nuestra. No os imitemos derramando sangre inocente, pero no esperéis vosotros de hoy en adelante ni perdón cuando se realicen nuestros vehementes deseos de encontrarnos; nos habéis enseñado que hay que trataros como bestias feroces, y no olvidaremos la lección.

Venid á buscarnos, si á tanto os atrevéis, al frente de vuestras hordas, ya que no ha de haber entre vosotros quien tenga el valor de buscarme solo; venid, para que con vuestra sangre podamos vengar la inhumana muerte de nuestros amigos.

¡¡Venid, cobardes asesinos!!! Os reto con fuerzas iguales, uno á uno, de todos modos; quiero probaros, y os lo probaré temprano ó tarde, la diferencia que hay entre los caballeros y los asesinos.

Mientras conserve un átomo de vida, será vuestro mortal enemigo

El capitán de la compañía de Arruti, tercera de voluntarios móviles de la República,  
J. Canillo.

Oyarzum 23 de Mayo de 1873.»

Inútil es decir que ningún criminal de los aludidos aceptó el reto.

El cabecilla Segarra prendió al alcalde y secretario de Torre de Arcas, y los fusiló en término de Penarroja, oyendo misa al día siguiente con la mayor devoción.

Fusilan los carlistas á un viajero entre Reus y Falset, únicamente por encontrarle un kepis de capitán de móviles que llevaba por encargo de otra persona.

Porque no encontraron al alcalde de Elgueta para fusilarlo, quisieron los carlistas apoderarse de un hijo suyo; y no lográndolo tampoco, secuestraron á su hermana.

Con tal de asesinar, lo mismo les daba padre, que hijo, que hermana, que hombre, que mujer.

Los cabecillas Iturbe, Sierra y Alcorta, se apoderan del paisano Bessauri en Elgueta, y lo asesinan y después lo queman.

Fusilan los carlistas á un capitán de nacionales que cogieron prisionero en el monte Auranza.

JULIO

Presentóse á las doce de la noche el asesino Saballs, con su cuadrilla, en el pueblo de Alpelaguer, y mandó echar un oficio por debajo de la puerta de uno de los alcaldes, ordenándole que pasara á recoger los cadáveres de dos individuos del Ayuntamiento.

En seguida se dirigieron á la morada de los republicanos Esteban Unós y Sebastián Corta, que eran las personas á quienes el oficio aludía, logrando apoderarse del último, pues el otro había escapado.

Sin perder tiempo lo llevaron fuera del pueblo y lo fusilaron en el mismo sitio donde intentaron asesinar poco antes al alcalde Jerónimo Santaló.

El cabecilla Esteban López condena a recibir 40 palos á una persona de muy buena posición, por ser liberal y no haberle entregado á su hijo, refugiado en Oñate. Quedó expirando de sus resultas, y el bárbaro defensor de la religión le amenazó, después de imponerle una multa de 80.000 reales, con darle á los pocos días otros 40 palos si no se les unía su hijo.

El cabecilla Barrancot debía desde largo tiempo una crecida suma á un regidor de Argelaguet. Cayó éste en sus manos, y cuando esperaba ser tratado con la consideración debida á los favores hechos, se encontró con que el defensor de la religión ordenó fusilarle, y así se verificó.

Fusilan los carlistas en la Sella á un liberal y queman un puente.

La Lucha, de Gerona, da horribles detalles acerca del atropello cometido con un honrado ciudadano á pesar de las súplicas que hizo. A las pocas horas falleció, dejando una viuda con cuatro hijos en la mayor miseria.

Hacen fuego sobre el tren cerca de Almoster los bandidos de Vallés, Cercós y Pino, hiriendo al fogonero.

Tres voluntarios de Cassá de la Selva se hallaban pescando. Pasó una partida carlista y los asesinó.

Pidieron los carlistas dinero á la población de Bañolas, no lo recibieron y la bloquearon, amenazando con la muerte al vecino que cogieran.

Y, en efecto, tan religiosamente cumplieron su amenaza, que hirieron á varios y mataron á dos que no pudieron huir.

Una partida inmoló á dos liberales en San Esteban del Más.

Cercós se lleva 2.000 reales de Capafona, asesinando de paso á un infeliz payés porque se resistió á entregarle una carabina.

Saballs, no contento con fusilar liberales, elimina de los registros del crimen los nombres de los cabecillas Fontova, Barnés y otros varios, inventando diferentes pretextos, pero en el fondo por cuestión de ochavos. No quería que, donde estuviera, robase nadie más que él.

Poco después fusila á tres carlistas, uno de ellos capitán, por no llevar limpias las cuentas de los robos.

No es el primer bandido que ha tenido escrúpulos de esta clase.

La prensa carlista que representa al partido en que figuran como jefes ó personas influyentes bandidos, asesinos, ladrones é incendiarios como el cura Santa Cruz, el jesuita Goiriena, Saballs, Cucala, Tristany, etcétera, y cabecillas como *Cucaracha*, *Meren-dón*, *El Tremendo*, *Quico*, *el Chato* y otros ilustres *Macabeos*, centuplica sus insultos y sus groseras manifestaciones contra el gobierno y los liberales, y éstos continúan sin barrer tal inmundicia.

No pasará así en la guerra próxima. Si el gobierno nada hace para impedir que los carlistas publiquen periódicos, nos encargaremos de esa misión unos cuantos.

Libertad, bueno, mas para los que la aman y defienden, en mayor ó menor grado; no para los que se aprovechan de ella para quitárnosla á los demás.

Mucha sangre se hubiera ahorrado en la pasada guerra si se cierran los nidos de víboras llamados redacciones de periódicos carlistas.

Muchos de los eminentes ladrones encargados de robar á los liberales, y que en la jerga del carlismo se apodan recaudadores de fondos, desaparecen con gruesas cantidades, según confesión de sus mismos correligionarios.

Habrían oído lo de «quien roba á un ladrón, ha cien años de perdón».

Es sorprendida en Barcelona una fábrica de moneda falsa que tenían montada los carlistas, y donde se acuñaban libras esterlinas, doblones de cinco duros y piezas de dos pesetas, encontrándose unos 5.000 duros acuñados.

El Sr. Castilla, jefe de orden público, cogió máquinas, cuños y pasta, prendiendo á cinco personas, y apoderándose de escapularios, rosarios, documentos carlistas de gran importancia y una carta dirigida á un tal Altamira, de Manresa, «para que procurara que las partidas de la montaña hicieran

(Continuará.)

Imprenta de D. Blanco, Libertad, 31